

# EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

APARECE LOS DOMINGOS

REDACTOR: C. MUÑOZ Y PEREZ

ADMINISTRACION: URUGUAY 592

## EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, ENERO 6 DE 1884

### CARTA Á CAMPOAMOR

Señor Campoamor:

Si como vd. dice, y es juez en la materia, el sol de la gloria quema de lejos y de cerca enfria, la distancia me habilita para tomar parte en el coro de alabanzas de sus admiradores á millares de leguas.

Hijo de esta América, en que se adoró al sol, y de esta República Argentina, que lo ha tomado por emblema en su bandera y en sus armas, ¿qué mucho que admire y crea comprender al que invoca el sol de la gloria que quema á la distancia?

Gracias, Sr. Campoamor, si se digna admitir el entusiasmo que el fuego de su génio ha despertado en un desconocido del nuevo mundo.

No es en esta forma, ni con las fuerzas de que yo dispongo que ha de intentarse honrar á un poeta eminente.

Háganlo otros poetas dignos de tan alta empresa.

Mi humilde prosa no sería digna de tender alfombras á su paso.

No es mi ánimo tampoco terciar, ni mucho ménos fallar, en sus famosas polémicas literarias, porque aprendo sus versos desde muy jóven, siendo desde luego evidente que nunca ha podido haber cuestion á su respecto.

No quiero sino que, si es feliz esta hoja de papel á través de los mares, se confirme que, si Ginés el sevillano ha muerto en su pátria, ha resucitado en América, donde como muchos vive feliz, ganando corazones y dinero y sin necesidad de hacerse el ciego.

En el mismo caso se encuentra aquel su Juan que de bueno daba risa.

Aquí también fastidian un poco los sábios; pero cualquiera puede evitarlos con sólo hacerse el tonto, como el célebre Bruto que se dice que no lo era, y el famoso Claudio que ha llegado á dudarse que lo

fuese, á pesar de la franqueza de su propia madre, ante sus obras y conquistas.

Ademas, aquí hay poca poblacion y un mar de tierra, y es difícil todavía que los hombres se cierran recíprocamente el paso —y agregue usted á esto que la generalidad es aún tan ignorante que sólo llama tonto al que no trabaja y se entrega al explotado y viejo negocio de denunciar como tales, talvez para eludir las sospechas, á los que se ocupan de alguna cosa útil.

¿Con que ha llegado usted á pedir á la crítica, la vieja portera del infierno, que no de la gloria como otro la llamara, que lo deje morir en paz!

Se vé que lo han hecho *descontentarse de sí mismo*.

Y qué diré yo que, no teniendo porqué descontentarme por mí que nada he hecho, me he descontentado por otros que obras monumentales escribieron!—Es el vaiven de la opinion.—La mas grande angustia de mi vida en la esfera intelectual ha sido la de ver alguna vez que el Quijote también palidecía; porque desde entonces no ha quedado para mí un ídolo que adorar sobre la tierra.

He reflexionado en ciertos momentos sobre si yo ó el Quijote habíamos cambiado; pero las penas—¿y quiéu no las tiene?—que son como la conciencia de la vida, me han demostrado que yo era el mismo hombre, y los golpes que he dado al libro para obligarlo á hablarme claro han producido nuevas facetas de luz, mostrándome que tenía la misma piedra preciosa entre las manos—Tal vez mis ojos se encontraban debilitados, tal vez las nubes pasaban delante del sol—¡Angustiosas tinieblas, del espíritu, duda maldita que entúrbia la fuente y oscurece el cielo!

Parece Vd. descorazonado, señor Campoamor; ¡que fácil es desconcertar á un gigante!—Verdad es que una gota de acíbar produce la amargura y nada el desencanto.—En todas partes se encuentra el hastío y el desabrimiento de la existencia.

Hay defensa sin duda contra nuestros enemigos manifiestos: nuestra altivez nos

defiende—¡Con qué arrogancia debía decir Shakespeare por boca de Hamlet:—«La ineptitud que pudo escarner al mérito paciente!» (1).

Pero contra los enemigos invisibles, contra nosotros mismos ¿dónde está el remedio, la máxima ó el consuelo?

Imponerle reglas al génio, es empeñarse en la tarea necia de enseñar á las águilas á volar.

Ponerle barreras al pensamiento, es cojer la luz y el aire con las manos.

Puede Vd. haber empleado escaleras para subir, pero á la altura en que se encuentra ¿quiéu se atreverá á ponérselas para que descienda?

Si ha descendido Vd., ha sido como Calderon y el Dante, á los abismos del corazón humano.

Su poesia es con frecuencia como las aguas surgentes que vienen de las entrañas de la tierra.

Quizá algunas veces no sobresalen por el colorido ó por la música; quizá no son tan recargadas de colores y tan sonoras como otras; pero Vd., como los grandes poetas, tiene sus dotes propias, su estilo, su sello, que es todo lo que se puede pedir.

Cuando Vd. ha dicho: *en verso hago lo que quiero y como quiero*, ha dicho la verdad y no tiene porqué arrepentirse.

Todo está en entenderlo bienamente ó en quererlo entender. Y en tal sentido soy de tal manera de su opinion, que creo que si Vd. no pudiera hacerlo así, no sería un verdadero poeta.

¿Le estaría reservado á éste el papel de un músico dominado por el instrumento? Un músico inspirado hace cantar al piano lo que no se imaginó su inventor ni soñaron otros músicos.

A cada paso los pintores y los músicos toman rumbos y giros diferentes; ¿porqué

(1) Esa es traduccion de un paisano suyo, que una libre de un amigo mio decia: cualquier tonto puede ponerle á un pintor un cuadro tras de la puerta.

no lo harían así los poetas que pintan y cantan con las palabras?

Cuando los artistas verdaderos quieren, y según sus gustos, objeto ó inspiración, hacen prevalecer la forma ó el fondo, pero estoy con Vd. en que esto es lo primero.

Y no en vano Vd. confiesa que entiende algo de filosofía, aunque poco se haya servido para librarse de la mortificación que le han causado sus émulos.

Aquí pasan las cosas de otra manera.— Hemos tenido buenos poetas; últimamente ha muerto uno que tal vez Vd. conozca, á lo menos por la fama; se llamaba Olegario V. Andrade.

Por lo general, mientras viven, pocos se ocupan de ellos, si bien no escasean los admiradores de sus versos; pero, cuando mueren es otra cosa, porque entonces el olvido se hace por completo, y gracias si sus versos no quedan como aquella luz que diz que aparece en el tope de los buques naufragos. No hay uno á quien hasta ahora se haya levantado un monumento, habiéndolos dignos de tal memoria, como Varela, Echeverría, Mármol, Cuenca y Andrade.

Y ya que de nuestros poetas he hablado, ofrecería á Ginés presentarlo á algunos compañeros del oficio y que tal vez él conozca por sus obras, como Gutiérrez, Mendez, Guido y Oyuela.

Preguntaría Vd. que quien me presenta á mí.— Pero es el caso que aquí entendemos que para tener relaciones es preciso tomarlas, así como yo lo hago con Vd. escribiéndole esta carta.

No crea Vd. por eso que este país sea un pedazo de cielo exento de pecado original; aquí también la envidia es la polla del talento.

Si yo he aconsejado á Ginés que se haga el tonto para vivir tranquilo, es porque éste es el estilo del país; pero á él se le presenta otra ventaja, y es que, puesto que viene del extranjero, puede pasar su talento como contrabando.

Porque ha de saber Vd. que aquí también hay un bando de los talentos, y desgraciado el aerólito que sin estar bien disfrazado, pretenda eludir las oficinas fiscales de los dioses, porque se pierde irremisiblemente.

Había por estas tierras un Echeverría, tiernísimo poeta, hombre ilustrado y excelente ciudadano, que cuenta el embarazo que le causó cierto número de sábios que encontró en esta ciudad á la vuelta de un viaje.

Nuestro apasionado y sábio Cuenca escribía mucho y publicaba poco

Juan María Gutiérrez, poeta laureado, tenía que escribir anónimos sus versos de miedo de su propia posición y tal vez de que los críticos fueran á descubrir la torpeza de sus dedos y le dieran en ellos con las mismas reglas que en prosa y verso seguía respetando por costumbre, aunque no sin murmurar.

Críticos hay como el médico de Sancho que solo le dejaba tomar el olor de los manjares só pretexto de que todos podían hacer mal.

Y á mí se me ocurre que, siendo la poesía la ciencia de mayor invención, no puede quedarse á la altura de los primeros tiempos, cuando todas las artes y las ciencias descubren nuevos horizontes ó cambian de rumbo completamente.

Perdone Vd. que me tome la confianza de ser consecuente y de manifestarle con franqueza que sus mismas reglas no las acepto si es que Vd. pretende imponerlas ó hacerlas exclusivas. Tomaremos de todo según convenga ó lo dejaremos todo si conviene.

El arte hace con sus reglas lo que aquellos gigantes que ponían montañas sobre montañas para llegar al cielo. Pero llegan sólo los que tienen alas. Se les ve levantarse desde su nido en las alturas, fijar la mirada en la inmensidad y dirigirse á cualquier rumbo según su capricho.

Si siempre se hubieran observado las mismas reglas, el arte habría llegado á ser la cosa más monótona, petrificada y fría que habría en el mundo.

Es bueno lo antiguo, pero no por eso lo nuevo ha de ser malo.

Es sin duda muy digno y útil el culto del modelo; pero por más hermosa que sea una estatua nunca podrá decirse que allí al fin se ha posado la infatigable inteligencia humana.

A no ser que los poetas fueran como ciertos predicadores que sólo temen el escándalo y las innovaciones que pueden producirlo.

Y es cosa singular la que pasa con gran número de críticos caracterizados y prudentes; son una especie de genios que declaran que es bueno el camino después que todos lo han pasado.

Son inconvenientes del oficio; toman por punto de partida que las cosas se hacen de tal manera, y nunca ven una obra sin los andamios y las sombras que tal vez fueron

necesarios cuando se construía, pero que terminada sirven solo para afearla.

Un crítico no admite como cualquier mortal que la belleza se le entre por los ojos. ¡Cuántas obras admirables los han cerrado los mismos que debieran haber sido los primeros en caer ante ellas de rodillas! ¡Cuánto tiempo han esperado Cervantes y Shakespeare que los críticos se restregaran los ojos!

La belleza quiere ser adorada á media luz, bajo esa luz de los templos que viene de sus bóvedas como directamente del cielo, pasando por sus vidrios de colores.

Parece que algunos críticos pretenden ignorar lo que sabe todo el mundo: que el rostro más hermoso no se presta á ser mirado con microscópio.

Si el escritor no tiene en definitiva más regla que el buen gusto, el lector no puede tener otra que la de sentir bien.

¿Se sienten bien sus versos?

Así debe ser desde que Vd. mismo insinúa que hay personas cultas que se toman el trabajo de aprenderlos.

Aquí sus versos han pasado por todas las capas sociales dejando en ellas su fecundo sedimento.

Pero, aunque sus versos son buenos, chispeantes y hasta hermosos, se ve que Vd. se sirve de ellos, como el orador de las palabras y el músico de los sonidos.

La armonía puede ser más ó menos local, mas en detalle, ó estar en toda la composición como en los rumores de la naturaleza á la aproximación de la luz ó de las tinieblas.

Y esta es la tendencia de la música moderna.

La poesía que eleva no es menor que la que encanta.

La poesía que nos mece produce un sueño delicioso, y la que nos eleva nos hace soñar.

Como ciertos cantores, sus versos alcanzan las altas notas sin esfuerzo.

Muchas veces sólo se oye de ellos el eco; pasan saltando sueltos y lijeros y no se detienen hasta el fondo del abismo.

Un táctico como Vd., con Ginés, que me recia llegar á ser músico mayor del regimiento que formaría Juan, tiene asegurada la victoria.

Ginés y Juan, lo bello y lo bueno, han hecho su defensa á las mil maravillas. Con ella no hay duda alguna de que Vd. queda en su puesto.

Pero ya que le hago tantos elogios, que

mas que yo hacerlos merece Vd. recibirlos, lo escusaré algo que sirviendo de contrapeso abone mi imparcialidad.

¿Qué quiere Vd? yo me le he aficionado, y con los amigos se estila no hacer elogios ó hacerlos con alguna rebaja de su mérito.

Bien pues; me parece que algunos de sus poemas desfallecen al fin; ¿será que hay que desfallecer para morir?

Tal vez sea que el lujo y la abundancia de sus sentencias hagan llegar al lector deslumbrado á la conclusion. Siendo desde el principio levantado y mecido en las alturas, involuntariamente se pregunta: ¿y qué reserva para el final el autor?

Pero Vd. concluye tambien con alguna frecuencia en la muerte por una enfermedad que parece endémica: la tristeza. ¿Tiene Vd. razon? Tanto ó mayor que los que matan á estocadas; es cuestion de gustos.

¿O será tambien cuestion de estadística y se encontrará Vd. amparado por esta?

Yo recuerdo que cuando era estudiante me sorprendia del gran número de muertos de tristeza de que dan cuenta los historiadores.

¿No será la tristeza la mas grande epidemia de la humanidad?

De todos modos hay que tener mucho cuidado con la tristeza, señor Campoamor. Ella se viene sola y nada en el mundo vale una tristeza.

Pero tiempo es ya de concluir esta carta, cuyo objeto no es otro que el de darle noticias de sus hijos predilectos (si es que yo he llegado á comprenderlo), Ginés, el hijo pródigo de sus cantares, y Juan, el hijo desheredado.

Acepte pues el de España el tributo de esta carta sin franqueo que, aunque puede causarle cualquier daño, no ha de romperle la guitarra nueva que el resucitado ha encontrado en el mundo de Colon.

Y al fin hasta esto es para mí una desgracia, porque ni soy una hermosa ni tengo nada de peso que arrojar al cantor, que, pues tenia que morir, era feliz muriendo con su guitarra á manos de la fatal hermosura compasiva.

Para mí Ginés ha llevado su merecido—

« ¡Está bien castigado ese artista ambicioso que pretendia amar y ser amado, tocar la lira bien y ser dichoso! »

DAMIANOVICH.

NOTA—No, teniendo nada que dar ni que pedir, se suprime en esta carta la prosa. Buenos Aires, Diciembre 29 de 1863.

## LA LIRA ROTA

Unas veces te dejará Dios, y otras te perseguirá el prójimo, y lo que peor es, muchas veces te descontentarás de tí mismo, y no serás aliviado ni confortado con ningun remedio ni consuelo.

Kempie, lib. II, capítulo XII.

### I

Era Ginés Briones un amante de Enterpe y de Talía, que cantaba canciones de un subido color, que él no entendía.

Con la fé de un artista verdadero entró á servir á un músico de orquesta, al cual, con todo esmero, en los dias de fiesta le limpiaba el trombon con un plumero.

Pasó á aprendiz de monaguillo á poco; y llegando á ser luégo lazarrillo de ciego, le dió un duro una vez cierto inglés loco, y al fin de muchos tratos y contratos, compró el ex-monaguillo á un quinto aragonés un guitarrillo por diez reales, un pan y unos zapatos.

### II

Dueño ya del endeble guitarrillo, coleccionó las coplas que sabia, y, remedando el ciego, al lazarrillo pudo ascender á ciego que veía.

Y cierto el rapazuco de que encanta con las coplas que inventa, aunque á las viejas pérdidas espanta por no saber á veces darse cuenta de la sal y pimienta que tienen las canciones que les canta, punteando por las calles de la villa, con aires de buen mozo provinciano, era el niño Ginés, el sevillano, un pequeño barbero de Sevilla.

### III

Nació en la tierra del amor emporio, patria del gran Tenorio, de quien dicen que un dia, para aliviar sus penas, mandó hacer de las rubias que queria una manta de rizos, que tendia sobre un colchon de bucles de morenas; y alumno fiel de su inmortal paisano, Ginés el sevillano, siendo un tipo acabado de inocencia, en los doce á trece años que tenia ya era un sér tan precoz, que parecia

que contaba catorce de experiencia; pues haciéndose el loco, y así como al descuido, para hablar á las niñas al oido se acercaba lo justo y otro poco.

### IV

Y su genio era tal, que es muy posible que fuese un dia un músico perfecto, á no tener ese vulgar defecto de abusar del bordon en lo sensible, pues, agudo y flexible, en los muchos cantares que solia inventar, ó que aprendia, cantaba alegremente sus pesares; y otras veces, uniendo con destreza la pena y la alegria, como buen andaluz, tambien sabia cantar sus alegrías con tristeza.

Y, aunque no sin sonrojo, sabiendo ya que el suspirar consuela, fiel de don Juan á la amorosa escuela, tenia Ginesillo el bello antojo de alabar en sus coplas inocentes diez rubias, de diez rubios diferentes, desde el rubio castaño al rubio rojo; y como era tan pobre ó más que Homero, de estas diez parroquianas que tenia el músico y poeta callejero, en premio de sus coplas, recibia ya rosquillas, ya azúcar, ya dinero.

### V

Cantaba el niño una cancion un dia á la divina Clara, una rubia preciosa que tenia el corazon mas bello que la cara; y mientras él la copla repetía, alegre como un loco, la niña el canto oía distraída, arrancando poco á poco las hojas de una flor que se comía.

¡Distraccion natural! pues siempre encantan esos tonos suaves, tan llenos de ternura, del género melódico en que cantan los hombres sin ventura, las mujeres, los niños y las aves!

### VI

En tanto que él cantaba, puesta al balcon la jóven hechicera, en un fondo de luz se destacaba, y Ginés que, cantando, suspiraba, no sabia siquiera la cancion que entonaba admirado de ver que la niña era lo mas bello del cielo que miraba.

Y él abajo, ella arriba,  
mientras él, siempre vivo y siempre amando,  
esta tierna canción sigue entonando,  
ella, mucho mas viva,  
se parece á Rosina contemplando  
á un esbozo de Conde de Almaviva:

Está tu imagen, que admiro,  
tan pegada á mi deseo,  
que si al espejo me miro,  
en vez de verme, te veo.

## VII

¡Oh extrañas peripecias de la vida!  
escuñando al cantor, agradecida  
Clara un suspiro de placer exhala,  
y, de gozo aturdida,  
una gruesa moneda le regala,  
que arroja del balcón, con tan mal arte,  
que la moneda ¡chás! como una bala,  
la guitarra pasó de parte á parte.

A este horror, el poeta callejero  
creyó que en un abismo  
sus piés se hundían, y que al tiempo mismo  
caía roto el Universo entero.  
Mas pronto, vuelto en sí, se orienta y nota  
que no se hundió bajo sus piés el suelo,  
y que, á pesar de su guitarra rota,  
no se cuarteó la bóveda del cielo.

## VIII

Al rumor del fracaso, en un momento  
se vió la calle de curiosos llena:  
la moneda al caer la hurtó un hambriento,  
y uniendo el buen humor al sentimiento,  
en tanto que Ginés muere de pena,  
el público le silba de contento.  
¡Oh ruin placer de la desdicha agena!  
La envidia es la polilla del talento.

## IX

Renunciando á las artes con trabajo,  
Ginés la silba colosal oía,  
y altivo, aunque un poquito cabizbajo,  
las cejas con la gorra se cubría;  
y echando calle abajo, calle abajo,  
con ganas de llorar se sonreía,  
mientras que tristemente,  
aquella pobre Clara que, inocente,  
por hacer un favor mató un destino,  
con el mudo terror de un asesino  
se espantó de manera  
que de haber sido buena arrepentida,  
dejó el balcón, cerrando la vidriera  
más pálida que Bruto el parricida.

## X

Así, con vario estruendo,  
se fueron dispersando,

el público riendo,  
el trovador gimiendo,  
y la hermosura del balcón llorando.

## XI

Aunque en su erguido talle  
aún mostraba el orgullo de un Tenorio,  
Ginés dobló la esquina de una calle  
para huir de las burlas de las gentes,  
pues en el gran Madrid, como es notorio,  
una esquina es un cabo ó promontorio  
que divide dos mares diferentes.

Detuvo allí sus vacilantes pasos,  
y pensó en su destino venidero  
dos minutos escasos.  
dos minutos, esto es, un siglo entero;  
y al verse sin industria y sin dinero,  
lloró, como lo que era, como un niño;  
y volviendo hácia el cielo la mirada,  
ya olvidando la silba y la moneda,  
tan sólo recordó su alma angustiada  
de su madre el cariño  
y el amor de su patria abandonada.  
¡Patria querida! ¡Madre idolatrada!  
Si nos faltais vosotros ¿qué nos queda?  
¡Dios en el cielo, y en la tierra nada!

## XII

Y salió de Madrid. Y con denuedo  
el roto guitarrillo lanzó al río  
desde lo alto del puente de Toledo;  
y arrojando con brío,  
la soledad y el miedo,  
la sed y el hambre, y el calor y el frío,  
se fué á Sevilla á pié; como un cualquiera,  
pues, no teniendo un real su faltriquera,  
claramente discurre  
que no iría á su patria, aunque quisiera,  
como el rey de Ivetot, montado en burro.

Y así, marchando hácia el paterno suelo,  
toños los males de la vida prueba,  
sin que le guarde del rigor del hielo  
la chaqueta prehistórica que lleva,  
chaqueta que su madre le hizo nueva  
de un trozo de una capa de su abuelo.

¡Sigue, Ginés, camina resignado,  
y rinde al peso del dolor tus bríos!  
Para vencer todo el rigor del hado,  
¿qué valen tus esfuerzos ni los míos,  
cuando un grano de arena, atravesado,  
puede torcer el curso de los ríos?

## XIII

¡Con cuánto desaliento  
á su patria volvía  
el que en algun momento,  
cuando el redoble del tambor oía,  
soñaba, en su ilusion, que llegaría

á músico mayor de un regimiento!  
¡Ay! ¡Con cuánta agonía,  
el que aspiró á ser dios de la armonía,  
renuncia ya á la nécia vanagloria  
de pensar que algun día  
le nombrarán los fastos de la historia!  
¡El pobre no sabía  
que al revés de ese sol del Mediodía,  
el gran sol de la gloria  
quema de léjos y de cerca enfria!

## XIV

Como nadie le daba  
los dulces y el dinero que ganaba  
cuando echaba sus coplas á las niñas,  
en Castilla y la Mancha merodeaba  
comiéndose las uvas que pillaba  
á espaldas de los guardas de las viñas.  
Cuantos séres sentían ó pensaban,  
y sus viles harapos contemplaban,  
contra él infucos su furor volían;  
los niños le silbaban,  
los viejos se reían,  
los perros que ántes solo le ladraban,  
y, al pasar por las eras, le mordían!  
¡Confiesa, Ana, que aterra  
el ver á un niño en tan inmenso duelo!  
¿Por que habrá tantas cosas que en la tierra  
quita las ganas de mirar al cielo?

## XV

Y en el supremo día  
en que el suelo feraz de Andalucía  
á contemplar volvió por vez primera,  
se sintió tan feliz que, de alegría,  
el jóven trovador, se comería  
una hogaza de pan, si la tuviera.

Pero á falta de pan, el pobrecito,  
merodeando también como en Castilla,  
comía, cual si fuese pan bendito,  
en Córdoba cogollos de palmito,  
é higos chumbos bajando hácia Sevilla.  
Y al ver la gran ciudad, gritó extasiado:  
—¡Sevilla, patria mia!—  
Pero apenas había  
en el recinto de Sevilla entrado,  
cuando Ginés, exánime y gozoso,  
se cayó desmayado.  
¡Está bien castigado  
ese artista ambicioso  
que pretendía amar y ser amado,  
tocar la lira bien y ser dichoso!

## XVI

Llevado al hospital, y satisfecho  
cual Neron moribundo,  
pensó al caer sobre el jergon de un lecho:  
¡Qué gran músico en mí se pierde el mundo!  
Y en la cama ciento once abandonado,

puesto á dieta, aunque hambriento, se murió dulcemente y resignado lo mismo que un pichon sin alimento; y despues de una autopsia inoportuna que se le hizo á Ginés el sevillano, declaró un cirujano que se murió sin novedad alguna.

Y al difunto *ciento once*, al otro día, sin inquirir el nombre que tendria, las entrañas abiertas le juntaron, y envuelto en los andrajos que traía, por quitarle de enmedio, le enterraron.

¡Oh suerte desdichada!  
¡Cuánta noble ambicion desvanecida!  
¡Qué alegre es la existencia á la subida!  
Y ¡qué llena de horror á la bajada!  
Primero, ¡acordes, magnetismo, vida!...  
Despues, ¡silencio, desaliento, nada!...

XVII

—Pero ¿y Dios? me preguntas compasiva. Para él ¿donde está el Dios sublime y tierno?  
—El Dios tierno, hija mia, está allá arriba, sentado á la derecha del Eterno; y vive convencida de que, si ha puesto su paciencia á prueba; tendrá la recompensa merecida, y que al pobre Ginés en la otra vida le ha de dar Dios una guitarra nueva.

Modera tu afliccion y ten presente que entre el cielo y la tierra hay un abismo; que no suele hacer Dios lo que consiente, y que es comun, desventuradamente, que el bien produzca el mal como el mal mismo.

Y, ¿qué son bien y mal, placer y duelo, mas que cosas fugaces cual la vida?  
Me dices que para esto no hay consuelo.  
Y yo ¿qué le he de hacer, Ana querida?  
¡Así es la tierra!... ¡ay!... ¡así es el cielo!...  
CAMPOAMOR.

EL PRIMER SUEÑO DE UN NIÑO  
CUENTO

(Conclusion)

II

—Cree Vd. que hemos vivido mas de una vez, que despues de la muerte resucitaremos nuevamente en otra forma? Preguntaba don Hipólito aquella misma tarde á su amigo don Andrés Rabineti mientras *paperbau*.

—¿Que si lo creo? Soy espiritista, envieme Vd. ese muchacho, y le interrogaré

con suavidad. Su carácter díscolo y rebelde es un resto de energía de la última encarnacion, contestó don Andrés, que era hombrecillo *vivaracho* y de ligeros movimientos.

—Pero ¿cómo se explica Vd., insistia el maestro, eso de conservar memoria de la otra vida?

—Muy fácilmente; si el muchacho se acuerda de ello, está explicado.

—Es que los fisiólogos aseguran que la memoria es una facultad esencialmente orgánica; es decir, que sólo se conservan los recuerdos en el cerebro, que recibe las impresiones; cuando la muerte le destruye, los recuerdos se desvanecen.

—Eso es una teoría, señor Ablativo, que Lesmes refuta por método espermental, desde el momento que me cuente lo que le sucedió antes de su último fallecimiento.

—Señor Rabineti, me parece que esa cabeza no está firme. ¿Porqué no se sangra Vd?

—Es Vd. un incrédulo, á quien convenceremos talvez algun dia; en fin, envieme al muchacho.

—Lo haré, lo haré; pero siento verle tan extraviado.

—No lo crea Vd.; yo tengo revelaciones misteriosas, vagas congeturas de haber sido raton en otra vida.

—¿Tambien recuerda V. algo?

—No, por desgracia; pero lo sospecho, lo adivino, porque cuando era niño, pasaba los días haciendo agujeros en la tapia; tengo miedo á los gatos, asusto á las mujeres, y me gusta mucho el queso.

III

—¿Habló V. á Lesmes? preguntaba al dia siguiente don Hipólito, con sonrisa burlona, á su amigo don Andrés.

—No se ria V. amigo; me ha hecho una revelacion espantosa, que me tiene preocupado. Mi teoria es cierta: hay hechos tan violentos, emociones tan terribles, que sus recuerdos traspasan los límites de la muerte. Por eso; cuando veo sonreir en su cuna á un niño de pecho, me parece que aquella frente guarda secretos augustos, que olvida el hombre á medida que pierde su inocencia.

—Mi curiosidad se excita, repuso el dómine; hable V. pronto.

—Pues bieu, tengo la firme conviccion de que Lesmes Travesedo ha sido un héroe; y es claro ¿hubia de recibir con paciencia los azotes?

—¡Cómo! ¿Ese arrapiezo se las echa de bravo? exclamó don Hipólito metiéndose la mano en el bolsillo, como para buscar las disciplinas, por ese movimiento natural de los antiguos maestros, equivalente al de los militares cuando llevan la mano al puño de su espada.

—Tenga V. calma y escuche. Yo que no doy á nadie correazos, pues soy mas bien asustadizo, inspiró confianza y divierto á los muchachos. Lesmes es ya íntimo amigo, y me ha contado la verdad. Escuche V. y asómbrese.

Don Hipólito se sentó en una piedra colocada cerca de una gruta, y don Andrés empezó su narracion de pié y con su acostumbrada ligereza.

I V

—Señor don Andrés, me preguntaba Lesmes hace un instante, ¿son verdad los sueños?

—Hombre, le dije, no lo sé. Me han dicho que te acuerdas de lo que te sucedia antes de nacer. ¿Es cierto?

—Es una broma mia, contestó; sueño mucho, y finjo á mis amigos que me sucede lo que sueño.

Porque, la verdad, parecen cosas sucedidas y como tengo tanta memoria, nunca las olvido. Creerá vd. que recuerdo el primer sueño que tuve?

Figúrese vd. la curiosidad con que le animé á que me lo refiriera.

—Es un sueño muy triste, una historia de esas que cuentan los hombres cuando se reunen junto al fuego: quisiera olvidarla, y se me representa muchas noches, y algunas veces hace que me duela el lado izquierdo.

—Recuérdalo, hijo mio.

—Lo que he olvidado es el principio. Era yo un hombre, y queria mucho á una mujer: tenia la misma cara del retrato que he quitado al maestro, pero no me acuerdo cómo se llamaba. Y vea Vd.; recuerdo el nombre que tenia un hombre alto, de patillas muy negras, y el cual, siendo muy guapo, me parecia muy feo. ¡Luis! No se me olvida.

La mujer habia estado asomada al balcon, y yo muy enfadado, quise ver lo que miraba, y vi á Luis en la calle. La cojé del brazo y se lo sacudí; en sueños se tiene mucha fuerza.

Luego cojé una navaja y salí en busca del hombre. La mujer daba gritos y me llamaba... yo no sé cómo.

—¿Y mataste á Luis? le pregunté alarmado.

—No, me contestó el muchacho; ya no volví á pensaren él; sonaban tiros á lo lejos, y las gentes corrían y daban muchas voces; entonces no me fijaba, pero algunas veces he recordado que vestían trajes que sólo he visto en las estampas. Se trataba de matar franceses en las calles; yo hundí la navaja en el vientre de un caballo; y las gentes arrastraron el ginete. Me parece que era un moro.

Luego estaba furioso, y siendo un hombre, lloraba como un niño: una mujer, que yo no conocía, me cargaba un fusil muy ancho, y disparaba á cada instante; pero á mi lado había muchos muertos y sonaba por todas partes un estruendo espantoso.

Después me vistieron de fraile para que no me conociesen, y salí por la calle en una noche muy oscura, y me cogieron unos soldados, me hablaron y no los entendía, luego me registraron levantándome la ropa.

Todo esto lo recuerdo muy mal, lo que recuerdo mejor es lo que sigue.

Había una fila de hombres y mujeres á lo lejos.

—Van á fusilarlos, me dijo no sé quien; nosotros estamos libres, porque no tenemos armas.

Miré á los que iban á morir, y creía U. que me alegré.

Luis estaba en medio.

Un jefe lo miró muy despacio, y oí que exclamaba:

—¡Qué hombre tan hermoso!

Después se volvió hacia otro jefe y le dijo:

—¿No podríamos salvarle?

—Es imposible; están contados.

—Eso tiene remedio; poned en su lugar aquel frailecillo tan ruin.

Y me señalaron á mí, señor don Andrés, exclamó el muchacho con los ojos espantados, como si aquello estuviera sucediendo.

Quise gritar, pero me pusieron una mordaza y me arrodillaron á la fuerza. Mientras tanto, el jefe dió la orden de que condajaran á Luis hasta su casa, y Luis dió las señas de la mía, mientras me apuntaban un fusil á la cabeza, en la que sentí un estampido como un trueno.

—¿Y luego? dije á Lesmes.

—Luego desperté: estaba en la cama con una mujer desconocida; poco á poco fui sabiendo que era mi madre; todo aquello había sido sueño, y me alegré de ser niño.

## V

D. Hipólito se había levantado con gesto de mal humor, y don Andrés retrocedió al verle, algunos pasos.

—¡Señor don Andrés! dijo el maestro con voz colérica. Quién le ha contado á V. la historia de mi padre?

—¿De su padre de V.? repuso Rabineti, alejándose cada vez mas . . . Pues: ¡él mismo!

—¡Mi padre murió fusilado, trocado por otro y disfrazado de fraile, el dos de Mayo!

—Pues su padre de V. es hoy Lesmes Travesedo. Es inútil que saque V. las disciplinas y se irrite, señor dómine, porque no soy un muchacho y no me alcanzará.

Lo que debe hacer V. es moderar su genio y no volver á imponer ese castigo. Señor don Hipólito, ha dado V. azotes á su padre.

El maestro quiso lanzarse sobre el espiritista, pero este huyó con la ligereza del raton, refugiándose en el agujero de una cueva.

JOSÉ FERNANDEZ BREMÓN.

## INVOCACION

## A PAISANDÚ

Sombra de Paysandú: sombra gigante,  
Que vela los despojos de la gloria,  
Urna de las reliquias del martirio!  
Espectro vengador!

Sombra de Paysandú, lecho de muerte,  
En que la libertad cayó violada:  
Altar de los supremos sacrificios,  
Santuario del valor!

Sombra de Paysandú muda y airada  
Como en las horas del sublime trance,  
Cuando azotaban en sañudo embate  
Tu arrugada cerviz!

Cuando formaban tu esplendente aureola  
Las calientes señales del suplicio,  
Rojizos rastros de fecunda sangre  
De la ancha cicatriz!

Calvario de la santa democracia!  
Viuda del patriotismo y la nobleza,  
Tres vestidos de luto sobre tus ruinas  
De eterna majestad!

Cuna de los guerreros de alma grande,  
De las hembras de pechos varoniles,  
Semillero de gloria y de heroismo,  
Paz en tu soledad.

Paz á los que cayeron batallando  
Allá en los días de la lid tremenda!  
Paz á los que tuvieron por mortaja  
Los techos de su hogar!

Sombra de Paysandú, templo de gloria  
En cuyas aras se prosterna un mundo!  
Vision de los supremos sacrificios  
Yo te vengo á evocar!

1º DE ENERO DE 1865.

Las naves descendieron  
Sus broncees colosales,  
Revoletó la muerte  
Blandiendo su segur;  
Graznaron de alegría  
Los cuervos imperiales,  
Gritaron los esclavos:  
*Ya es nuestro Paysandú!*

Las bombas estallaron  
Con horrído estampido  
Dejando tras sus huellas  
Sangrienta claridad;  
Y el polvo de las ruinas  
Se eleva enrojecido  
Y gritan los esclavos:  
*Viva su magestad!*

Volvió á tronar el bronce,  
Tembló la dura tierra  
Al rebotar las bombas  
Del corpulento obús.  
Y los hambrientos cuervos  
De la traidora guerra  
De júbilo aletearon  
Mirando á Paysandú!

Y Paysandú, gallardo,  
Serenó, imperturbable  
Sonreía en el tumulto  
De la espantosa lid,  
Y haciendo brotar chispas  
De su potente sable,  
Gritaba entre las ruinas:  
*Ser libres ó morir!*

Allá van las famélicas legiones  
Como la inerme tropa al matadero,  
Suena el clarín, relinchan los bridones  
Y en Paysandú desnudan los campeones  
De la justicia el vengador acero.

Allá van, allá van; bajo su planta  
Alas puso el pavor de la derrota;  
¡Gloria á los héroes de la lucha santa!  
A los que vimos con bravura tanta  
Siempre de pié sobre la almena rota.

Ya vuelven desplegando sus banderas,  
Les despeja el cañon ancho camino

Y se traba la lid en las trincheras,  
Y vuelven á mezclarse sus hileras  
En horrendo y confuso torbellino.

Y vuelven otra vez á las trincheras,  
Se acometen, se empujan, se atropellan,  
Y vuelven las espadas carniceras  
A tronchar como mieses sus hileras,  
Y de matar se rompen y se mellan.

Inútil batallar! estéril brillo!  
El blanco pabellon siempre flamea  
Y los endebles muros de ladrillo  
Son las negras almenas de un castillo  
Que el sangriento relámpago clarea!

Ya llegan al asalto, á la matanza,  
Ay! de los héroes del empuje rudo!  
Paisandú vá á caer! no hay esperanza!  
Saltó en astillas la tremenda lanza!  
Silencio por do quier, silencio mudo!

Se consumó el horrendo sacrificio!  
Flaqueó por fin su arrijo temerario,  
No fué el destino á su valor propicio,  
Llegó el momento del atroz suplicio:  
El Cristo vá á preparar á su Calvario!

Van á saltar la formidable valla,  
Donde del libre la bandera ondula. . .  
Nó! que empieza de nuevo la batalla,  
Y un torrente de sangre y de metralla  
Contesta: *Paisandú no capitula!*

Inútil batallar! Dios los ayuda!  
Dios protege á los ínclitos campeones,  
La libertad de un mundo los escuda,  
Y sobre Paisandú la noche muda  
Desplega sus sombríos pabellones.

2 DE ENERO DE 1865

Paisandú está de pié como en otrora  
Al sublime tronar de los cañones,  
Su sudario de escombros y tizones  
Se asemeja á la cresta del volcan. . . .  
Y tranquila, serena, imperturbable,  
La destruida ciudad se alza en la loma  
Como el ombú que en el desierto asoma  
Y atropella y desgaja el huracan!

¡Leandro Gomez y Piriz! semí dioses  
De la moderna edad, en la batalla  
Creció, creció vuestra soberbia talla,  
Se volvió vuestro nombre colosal.  
Porque el génio, el valor y la nobleza  
Crecen como los cedros en la altura  
Y su riego de vida y de frescura  
Es la saña feroz del vendabal.

Se consumó el horrendo sacrificio,  
Suena en los aires estridor de muerte,

Va á caer de la patria el brazo fuerte!  
¡Oh! silencio! silencio! que oiga Dios!

Así debió caer la ciudad mártir  
Como cayó, retando á su destino,  
Así debiste caer, cóndor andino,  
En las garras del águila rapaz.

Paysandú epitafio sacrosanto  
Escrito con la sangre de los libres,  
Altar de los supremos sacrificios,  
¡A tus cenizas paz!

OLEGARIO V. ANDRADE.

## MODAS

París, Diciembre 1º. de 1883.

El uso, mejor dicho, el placer de seguir la partida de caza en coche y á caballo, se arraiga cada estacion de más en más; como en coche, no obstante el calorífico, hace frio, es preciso vestirse con mucho abrigo. La combinacion generalmente adoptada para estas circunstancias, es la falda corta guarnecida y la levita ó casaquilla acolchonada, la cual permite el ir en talle cuando la temperatura no es muy rigurosa. Si el tiempo es muy frio, la dulleta ancha y larga con mangas anchas, es la más á propósito para abrigarse ó bien en su lugar puede emplearse un chal grande el cual se sujeta sencillamente con un broche de oro cincelado, de plata niquelada ó esmaltada, y es fácil ponérselo ó quitárselo si se quiere lucir un traje lujoso al apearse ó paseando á pié.

Nada hay tan cómodo como los ricos mantones de cachemir de la India, de abrigo y blandos, los que se quitar sin embarazo alguno; es por eso que hoy está tan á la moda y que ninguna señora, con tal que su posicion se lo permita, deje de tener á lo ménos dos, uno en forma de abrigo y otro en manton sencillo, los que utilizan segun las circunstancias, tanto más cuanto que este admirable tejido puede soportar el frote y la lluvia sin temor de que por eso se uje lo más mínimo.

Si no temiera decirles una banalidad, les diría que en este momento las pieles brillan con el resplandor de toda su claridad, se llevan tanto como el clima de París lo permite; se emplea en los mangitos, en las esclavinas, para los abrigos, adornos de vestidos y casacas; se confeccionan tocas muy bonitas, y los sombreros de fieltro blando se adornan con castores minúsculos, mostallitas y zorrillas, muy bien hechas y que parecen mirarnos con malicia desde lo alto

de su pedestal. Se lleva en primer lugar el castor natural, lustroso, del Canadá, de las Indias orientales, la nutria del Kamchatka, la marta y otras pieles ricas, como la Chinchilla y el zorro azulado; estas dos últimas, que se emplean en baudas estrechas, son sobretudo reservadas para los vestidos de lana propios para calle ó paseo.

Aunque es de rigor que la sencillez más absoluto debe conservarse para los trajes de calle, especialmente cuando se va á pié, por exigirlo así las costumbres y el gusto de nuestra época; sucede lo contrario, para con los trajes de convite de mesa, recepciones ó visitas; en estos casos todo se presta al lujo y empezando por el calzado hasta el adorno más insignificante de la cabeza, son de un gusto escogido y ricos por su valor, lo cual forma una compostura sencilla pero en la esplendidez de la riqueza; ese lujo es ruinoso para muchas pero reúne la ventaja de que á su sombra vive el comercio de París y con sus fantasías extiende la moda y dá vida y animacion á todo el comercio universal.

Estos trajes son los mas difíciles de arreglar porque á la esplendidez del lujo es preciso añadir la distincion y el gusto esmerado, que es su realce.

Gozan de una preferencia, casi absoluta, las faldas lisas ó poco guarnecidas, con un volantito plegado en el borde de los bajos, cortos, redondos ó con cola, pero de brocado maravilloso, de terciopelo labrado ó tornasolado, realzado con adornos de relieve, con el fondo de tonos ó tintes antiguos y colores oscuros con sombras muy ténues, como son el cobre enmohecido, oro pálido, encarnado antiguo ó de cuajada de sangre con enramado de flores ú otros dibujos caprichosos y raros. Tambien se emplea el terciopelo velludo, rayado, cuyas rayas son apenas visibles pero que forman un sombreado muy fino; además el damasco, fondo otomano ó de raso mate de un color claro con dibujos de tintes serios esparcidos sobre el fondo. Los corpiños y las tunicas de estos trajes se confeccionan con tejidos de fondos claros con mezcla de géneros labrados empleados como adornos, ya sea para pecheros, cuellos, solapas ó bocamangas; generalmente los corpiños son escotados ó medio cerrados, guarnecidos con una infinidad de puntos largos á lo antiguo en las mangas y en el escote; los faldones concluyen en punta y, por detrás, forman un pufo de casaquilla ó frac, dejando las caderas completamente libres destacándose sus contornos sobre la falda del vestido; los

*polizones* ó sea los postizos de armadura que sostienen y ahuecan la falda, son largos y muy abultados, pero por delante y en los costados deben anoldar el cuerpo.

La toca y el sombrero redondo, en armonía ó surtidos al vestido, acompañan al traje de día ya sea para ir á pié ó en coche; la capota se lleva solamente con trajes de noche y no se guarnece más que con plumas, estilo fantástico, con pájaros de todas clases: águilas, garzas, cuervos y otros, pero siempre diminutos y arreglados á la proporción del sombrero. Se llevan para el teatro una especie de gorra ó casco estilo oriental, toca bullonada de encaje fino y cintas, de bordado con hilos de oro, de bordado antiguo sobre fondo de terciopelo, con aplicaciones de todas clases, pero arreglados con tanta gracia que no hay nada que sienta tan bien ni de una originalidad más encantadora; por delante ó sobre el lado sujeta el conjunto del adorno un broche de brillantes; el borde lo componen una sarta de perlas finas y cuelgan del fondo de la toca unas borlas riquísimas con herretes.

Estas tocas sirven para exhibir con ellas las joyas antiguas y artísticas. Antes de concluir mi revista deseo consignar una tendencia que se nota en las modas nuevas que aparecen y se muestran con bastante timidez, pero que cada día se hace más atrevida; la tendencia que indico es la moda *chinesca*, si señoras, ese pueblo que encierra tantos misterios, nos prepara una gran sorpresa y es la de que nosotras, las europeas, poquito á poco nos vamos convirtiendo en satélites suyos, pues les copiamos hasta sus modas, las más antiguas del universo, si bien es verdad que las que nosotros aceptamos son *modas franco-chinescas* (?).

LA CONDESA DE B.

## CRÓNICA DE LA SEMANA

### CARTA A CAMPOAMOR

El distinguido Dr. Jorge Damianovich se ha dignado favorecer las columnas de este periódico con una interesante carta que encontrarán nuestros lectores en la primera página, dirigida al poeta español Ramon de Campoamor.

Recomendamos su lectura.

PARÍS-CHARMANT

Hemos recibido el número correspondiente al 1.º de Diciembre, de la revista quincenal de modas *Paris-Charmant*, que

con texto en español se publica en París, 182, *boulevard Saint Germain*, bajo la dirección del Sr. Indalecio Manjon. Contiene, como todos los ejemplares publicados, literatura muy buena y artículos de actualidad muy oportunos, figurines iluminados, modelos para labores delicadas, dibujos, patrones, etc. etc.

Dicha revista, que va á entrar en el cuarto año de existencia, merece el favor crecientemente que el público la dispensa.

Las personas que deseen conocer esta publicación, pueden dirigirse á la Librería Europea, Florida 242.

De sus columnas tomamos la interesante crónica de modas que nuestras lectoras hallarán en otro lugar.

### «LOS TIEMPOS»

Con este título ha aparecido un nuevo é interesante diario redactado por el inteligente Dr. Evaristo Carriego.

Le deseamos larga vida y prosperidad.

### «LA REPÚBLICA»

El 1.º del corriente cumplió diez y siete años de existencia.

Perteneciendo al *sexo bello*, llena de atractivos y estando en la flor de la edad, es lójico suponer que sea el público su constante galanteador. *El Album* así lo cree, y si, teniendo en cuenta sus pocos años, no se atreve á hacerle una declaración seria de amor, aprovecha el XVII aniversario de su fundación para significarle su sincera y respetuosa simpatía.

### CUARENTA MIL FUERTES

A esta cantidad asciende el valor de los obsequios que recibió el Presidente de la República Oriental, el 1.º de año.

Peso mas ó peso menos, por ahí anda la suma que representan los que el mismo día recibimos nosotros.

### UN HÉROE

Dice *La Pátria Argentina*:

Con motivo de haber tenido lugar ayer en Montevideo la apoteosis de los defensores de Paysandú que nuestros lectores conocerán, dimos los detalles de esta defensa heroica, una de las mas esforzadas que presentan los anales guerreros del Rio de la Plata.

Aún parece que se oyeron á la distancia las detonaciones del bombardeo lanzadas por ochenta y cinco bocas de fuego contra solo cuatro cañones que aquellos desgraciados manejaban.

Aún parecen escucharse las descargas cerradas de diez y seis mil fusiles contra el pecho de solo ochocientos defensores.

Y aún parece contemplarse el sombrío cuadro del patíbulo levantado á los únicos sobrevivientes de un mes de heroicos combates, prisioneros, exánimes de fatiga, que entregaron su espada á la capitulación que garantiza la fé de un Imperio y la palabra de generales orientales.

Si la nebulosa del pasado proyecta su sombra sobre el porvenir, hácia la frontera brasilera se destaca silenciosa é interrogante la sombra de los heroicos defensores de Paysandú, cuyos descendientes esperan algun día desvanecerla con los colores de la bandera azul y blanca jamás vencida.

Pues bien, las biografías de los heroicos defensores han sido publicadas y de ellas resulta que el Coronel Piris, alma tal vez de aquella defensa, era argentino, alférez en los campos de batalla de Ituzaingó.

Honor á la memoria del Coronel Piris!

Hasta aquí las palabras de *La Patria Argentina*.

Nosotros agregaremos que Piris habia nacido en la provincia de Entre-Rios, esa madre ingrata para con los hijos que mas debiera haber querido, porque mas la han honrado.

Ahí están, revelando su ingratitud, dos tumbas en que no ha vertido una lágrima ni ha arrojado una flor. La de un génio y la de un héroe: la de Andrade y la de Piris.

### EN MONEDA NACIONAL

A fin de armonizar los precios de suscripción de «El Album» con el medio circulante, los hemos fijado en moneda nacional, como lo verán nuestros lectores en el sitio correspondiente, tratando de señalar cantidades que faciliten el cambio, ya que no existen equivalencias exactas.

Estos precios empezarán á regir desde el número próximo, cobrándose hasta el presente la suscripción de acuerdo con la anterior tarifa, esto es, en moneda corriente de Buenos Aires.

EL ALBUM DEL HOGAR lleva hoy los siguientes materiales.

Carta á Campoamor, por Damianovich.—La lira rota, poema de Campoamor.—El primer sueño de un niño, conclusion, por José Fernandez Bremon.—Invocacion, poesía, por Olegario V. Andrade.—Modas, por la Condesa de B.—Crónica de la semana.

# EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

APARECE LOS DOMINGOS

REDACTOR: C. MUÑOZ Y PEREZ

ADMINISTRACION: URUGUAY 592

## EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, ENERO 13 DE 1884

PRO DOLORES

—

I

Los sueños plácidos de la juventud, las aspiraciones nobles y los deseos ilimitados de grandeza nacen y se desarrollan en el hombre juntamente con el amor á la verdad, á la patria y á la familia.

Se afronta el sacrificio, se realiza; se aprende á despreciar los goces fugitivos y estériles de la vida; se abre un libro y se lucha para asimilar un conocimiento y ampliarlo; se abandona el hogar querido y todas las afecciones purísimas del alma que en él se beben, é inquieto y febril, lleno de temores y zozobras se lanza el joven al torbellino del mundo, sin mas guía que sus propias facultades, sin mas consejeros que sus instintos y sus pasiones.

La lucha en tales condiciones es ruda, y no sin dolorosas caídas se suele llegar á la cumbre. Ley del destino! (Que solo á ese precio se admitirá al hombre como ser vido de la verdad, y solo así podrá en un día ofrecer á la patria el concurso de su inteligencia, sea humilde ó sea valioso.

Se dice con frecuencia «la patria del hombre es el mundo»—será esto cierto si el hombre es Galileo, es Gutemberg, es Colón—pero generalmente, la patria es el pedazo de suelo donde vimos por primera vez la luz del día, donde corrió nuestra infancia, y donde se agitó por primera vez el corazón con sus mas fuertes y puros latidos.

Allí donde se abraza al padre, al hermano, al amigo; allí donde se reciben aliento y bríos para la jornada de la existencia; allí es donde converjen todas las aspiraciones y todos los sueños, y por tanto, allí es donde está la patria.

Podreis admirar en otras partes de la tierra grandezas de arte, maravillas de la naturaleza; un clima benigno, un cielo espléndido; vegetaciones, flores. Todo muy

bello, deslumbrante. Pero nada supera la arquitectura de los viejos y feos edificios del pueblo natal, su cielo, su vegetación.

¿Donde habrá mas esquisitas y fragantes flores, que aquellas cuyo perfume nos trae siempre un recuerdo de los primeros años de amor?

¡Oh, quién fuera poeta!

II

Con estos sentimientos, consignados á la ligera, regresamos del pueblo de Dolores.

Deseando ocuparnos de algo que interese á su prosperidad, abandonamos el carácter íntimo con que inadvertidamente hemos comenzado este artículo. Se nos disculpará el exordio, siquiera sea en obsequio á los móviles que nos impulsan á llamar la atención del lector, particularmente de la ciudad de Dolores, sobre lo que sigue.

III

Un rumor muy acentuado en las regiones oficiales, que ha partido de la sala de sesiones de la Convencion Provincial, nos ha decidido á hacerlo público, porque consideramos que, convertido en hecho, importaría la postracion si no la muerte de Dolores, hoy la primer ciudad del Sud de la provincia.

Atendiendo que es necesario prevenir el mal para evitarlo ó combatirlo, y que la vida de los pueblos no puede estar á merced de unos pocos, cúmplenos anunciar un peligro con que los señores Convencionales amenazarán á aquella poblacion con la que nos unen vínculos estrechos, y para la que deseamos dias de bienestar y progreso.

Se trata de centralizar los Tribunales de campaña á la nueva ciudad *La Plata*, haciendo desaparecer los departamentos judiciales del Sud y del Norte.

Esto que hasta hoy no pasa de un rumor, puede llegar (hay muchas probabilidades) á ser una realidad, y consideramos que la alarma no es infundada.

Bajo todo punto de vista tal hecho seria inconveniente, y mas que inconveniente, inconstitucional.

Es verdad que, podrá objetarse, que cuan-

do se puede reformar *á plaisir* la carta fundamental, desaparece toda inconstitucionalidad.

Muy bien! Pero los pueblos no por eso han perdido toda esperanza.

Ha de haber para esa Convencion un control, como para todo en las repúblicas, y ese control está en manos del pueblo y le pertenece como un bien inalienable.

Nada justificaria una medida semejante; al contrario, todo la condenaria como impropia, inconveniente é ilegal. Y esta condenacion importaría el descrédito y el desprestigio de un gobierno hasta hoy popular y respetado por sus trabajos inteligentes y progresistas.

La voz de alerta! está lanzada; toca á todos los que amen el progreso y el adelanto del Sud, escucharla y prevenirse.

Lo repetimos, no es una alarma infundada. Como no será una novedad para Dolores esta noticia.

IV

La ciudad, en víspera de levantarse de su abatimiento, recibiria con esa medida anti-patriótica un nuevo y profundo golpe. ¡Solo le faltaba este presente griego, despues de los muchos que ya ha recibido!

Un espíritu hostil y enemigo de aquel pueblo viril y rico, no podria encontrar un medio mas á propósito para anonadar al adversario.

Pero, la experiencia nos dice que no se arruina impunemente á una sociedad.

Mucho hay que esperar, en este caso, de los buenos servidores de la localidad, cuyos nombres todos conocemos, y que por lo menos son una esperanza de lucha y de éxito, si fuera necesario provocar movimientos de opinion para contrarrestar las decisiones de una Convencion impopular.

Los pueblos deben ser y serán oídos.

A ellos les corresponde la palabra.

C. M. y P.

## LA MÚSICA

## I

Responde, Carmencita encantadora:  
Un pájaro que canta, ¿ríe ó llora?  
Lo digo, porque oyendo la dulzura  
Del ruiseñor que canta en la espesura,  
Tú sonrías, tu hermano se divierte,  
Tu madre os mira á entrambas con encanto:  
Y pensamos, al son de un mismo canto,  
Tu padre en vuestro amor, y yo en la muerte.

## II

Ay! ¿Por qué ríes cuando yo me quejo?  
Es para mi alma un insondable abismo  
El que haga un ruiseñor á un tiempo mismo  
Reír á un niño y sollozar á un viejo!  
Y es que, seguramente,  
La música es un hada complaciente,  
De nuestra dicha amiga,  
Que dice solamente  
Lo que quiere nuestra alma que nos diga,  
Por eso, al lisonjear su melodía  
Con mas fé al corazón que á la cabeza,  
Dando al triste tristeza,  
Aumenta del contento la alegría;  
Y por eso, al oír, convertimos  
La fría realidad en ilusiones;  
Pues al recuerdo de sus buenos días,  
Ponen en cuanto oímos  
Los ojos de nuestra alma sus visiones,  
Nuestro oído interior sus armonías.

## III

Si, como todos vemos,  
La música despierta los sonidos  
Que, desde el día mismo en que nacemos,  
Están en nuestro espíritu dormidos,  
También probarte intento  
Que se lleva la música la palma  
En las artes que anima el sentimiento;  
Que así como el estilo es el talento,  
El metal de la voz es toda el alma,  
Ella es la musa que al amor provoca,  
Pues buscando un esclavo, ó acaso un dueño,  
Todo el que canta, ó toca,  
Si no ama en realidad, ama algún sueño:  
Porque su magia es tanta,  
Que, aunque eres niña aún, ya habrás sen-

[tido

Que, envuelto en el sonido,  
Hasta lo amargo del dolor encanta:  
Y que la misma senectud que mira  
Que cada nota una esperanza encierra,  
Con inútil ardor ama y suspira,  
Como alma juvenil que, ardiendo en ira,  
En oyendo un clarín corre á la guerra.  
Respondes que lo crees, ¡bendita seas!  
Pues entonces también fuerza es que creas

Que, según nuestras mismas sensaciones,  
Cual los hechos imágenes de ideas,  
Son las notas pedazos de pasiones;  
Y que con fuerza virtual vibrando,  
Y á la vida excitando,  
Por el espacio va cada gorgojo  
Como una vaga tentación volando;  
Y camina, y camina, murmurando  
«¡Levántate y ámate!» al deseo.

## IV

Y ¿qué es el mismo amor? Una armonía  
Que hoy se canta y que el aire se la lleva;  
Y que luego, mañana ú otro día,  
Con nuevo ardor la misma melodía  
La vuelve á repetir otra vez nueva;  
Y así, en curso variable,  
Cuando nace, se espacia, se disuelve,  
Y, en giro interminable,  
Lo que del aire viene, al aire vuelve.  
Y en ráudo movimiento,  
Se disipa en el viento  
Lo que en el viento por amar vivía:  
Ideas, armonías, sentimiento,  
Flores, música, luz y poesía!

## V

Como en cosas de amor yo lo sé todo,  
Sé bien que en esta vida  
Jamás será perdida  
La que cierre el oído á piedra y lodo.  
El oído! el oído! Ahí se esconde  
El gran traidor que al corazón entrega:  
Él es la senda criminal por donde  
Desde fuera el amor al alma llega.  
Por él arrobadores los sonidos  
En ardiente emoción, ó en dulce calma,  
Después de electrizarnos los sentidos,  
Arrastran los sentidos hasta el alma:  
Y por él, en amante devaneo,  
Desde el salto de Léucade, el deseo  
Se arroja al mar para templar sus penas,  
Escuchando el «ven, ven» que es el gorgojo  
Con que á Safo llamaron las Sirenas.  
¡Cierra, cierra el oído,  
Y ten por cosa cierta  
Que es del amor el tentador sentido,  
Y que siempre á la voz de un ser querido  
Abre nuestra alma á la traición la puerta!

## VI

¡Carmen, perdón! Mi confusión es tanta,  
Que ya olvidé mi tema.  
Dime otra vez: ¿será siempre un problema  
Saber si llora un pájaro que canta?  
Y aunque es lo más sencillo  
El pensar que ese tierno pajarillo,  
En medio de su risa ó de su lloro,  
Cantará eternamente el estribillo

De la eterna canción del «yo te adoro»,  
Lo cierto es que su canto  
Te vuelve más festiva;  
Que tu madre entre tanto  
Ruega á Dios por tu dicha, pensativa;  
Mientras tu padre, á tan graciosos sonos,  
Excitado en sus graves pensamientos,  
Ya siente una avalancha de emociones,  
Y un vértigo ideal de sentimientos;  
Y, presagiando amores,  
Mas bella que la luz de la mañana,  
Entona melodías interiores,  
Con más aflujo que el ruiseñor, tu hermana,  
Y yo? Víctima siempre de una idea,  
Desde que allá en mi aldea  
Tocaba siendo niño la campana  
En las horas del sueño,  
Y á las gentes sencillas  
Las obligaba con pueril empeño  
A orar puestas en cruz y de rodillas,  
Sé que hay sonos inciertos  
Que forman la cadena prodigiosa  
Que enlaza con ternura misteriosa  
Las almas de los vivos y los muertos.  
Y por esto, ese canto me convida  
A que recuerde el fúnebre misterio  
De otra ave dolorida  
Que oyó mi alma de dolor transida,  
Cantar en un ciprés del cementerio  
Donde yace la madre de mi vida!

## VII

Mas, perdona otra vez la pena mía!  
Yo adoro como tú, niña hechicera,  
Con ciega idolatría  
La música que presta lisonjera  
El ritmo, que es la vida verdadera,  
A su hermana mayor la poesía.  
Siempre al idioma la canción supera;  
Y así te lo dirán, si les preguntas,  
Barbieri, Arrieta, Oudrid, Marques y Es-

[lava;

Pues, del sonido la expresión esclava,  
Al ir la frase y la armonía juntas,  
Lo que la frase empieza, el son lo acaba.  
Y te dirán que el arte soberano  
Que llena de delicia  
La escala toda del concierto humano,  
Desde el tango sensual de la Nigricia  
Hasta el son funeral del canto llano,  
Agotadas las frases con su acento  
Nuestra ilusión á lo sublime eleva,  
Y ya extinguida la palabra, lleva  
La música hasta el alma el sentimiento.  
Y ellos, en fin, te seguirán contando  
Que al arte natural sobrepasando  
Del genio artificial las filigranas,  
Hoy remedan los pájaros cantando  
Las dulces melodías italianas

Y que despues que oyeron los primores  
De las *Normas, Lucias y Barberos*,  
Creció la afinacion en los jilgueros  
Y gorjean mejor los ruiseñores.

## VIII

Es el mundo sensible  
Un conjunto de notas armoniosas,  
Desde el ruido ondulante y apacible  
Que forman al volar las mariposas,  
Hasta el ritmo visible  
De la grande armonía de las cosas.  
Y aunque el murmullo universal levanta  
Himnos sin forma, é informes elegias,  
Para el que sabe oír lo que Dios canta  
El orbe es un compuesto de armonías:  
Siendo en los campos, para todo el que ama,  
Un arpa cada rama  
Al ponerse en confuso movimiento  
Las notas disconformes que derrama  
Todo árbol agitado por el viento;  
Y el mar, esa otra música infinita  
Que el curso entero del sonido imita,  
Desde el canto guerrero hasta la eudecha,  
Remeda sin cesar, murmure ó truene,  
La rugiente pasion la ola que viene,  
La ola que vá nuestra ansia satisfecha!

## IX

Bendecida y bendita  
La armonía, es el alma que palpita  
En toda accion, solemnidad ó rito,  
¡Inmensa, universal, cosmopolita,  
La música es la voz de lo infinito!  
Ella á la pobre humanidad hechiza  
Triste, alegre, marcial ó juguetona,  
Y el amor del hogar inmortaliza,  
Pues, en no escrita tradicion, entona  
La cancion siempre igual y monotona  
De la abuela, la madre y la nodriza!

## X

Gloria y honor al arte placentero  
Que, embriagando las almas de ternura,  
Hace del mundo entero  
El espejo mas fiel y verdadero  
De una casa de locos sin locura!  
¡Lira de Orfeo, que el amor nos pinta  
Alegrando al infierno,  
Mi voz te ha de cantar, hasta que extinta  
Se desvanezca en el silencio eterno!  
¿Qué importa que tu númen vagaroso  
Prometa un ideal, que no se alcanza,  
Si, lo que hay de mas real y delicioso,  
Aun esperando el cielo, es la esperanza?  
¿Qué importa que las dulces emociones  
Que despiertan tus cantos halagüeños  
Sean solo visiones de unos sueños,  
O mas cierto, visiones de visiones,

Si siempre en este mundo  
Viviremos soñando  
Y estaremos, ilusos, descifrando  
El problema fatal de Segismundo?

## XI

Y el sol en donde está? Pero, ¡qué miro!  
Ya las tinieblas al silencio llaman,  
Bien dicen los que te aman,  
Que á tu lado la vida es un suspiro,  
Y ya que hermosamente  
Se agrandan para ver tus bellos ojos,  
Pues ya el sol, como un Rey, en Occidente  
Se envuelve, al destronarse, en mantos rojos;  
Mantos de luz que, al acabarse el día,  
Sólo las cumbres de los montes doran;  
Partamos pues. Ya te diré otro día  
Si, expresando su pena ó su alegría,  
Las aves, al cantar, cantan ó lloran.  
Y pues, ya triste de la luz la ausencia  
Trae la sombra, y con la sombra el luto,  
Y reina la elocuencia  
Del silencio absoluto,  
Que es la nota en que grita la conciencia,  
Marchemos ya: ¿qué esperas?  
Vé en la humedad de mi marchita frente,  
Cómo el aire, al pasar por las praderas,  
Se impregna dulcemente  
De un lánguido vapor de adormideras;  
Y cómo, al confundir todos los ruidos,  
En vago remolino nebuloso,  
Va dejando el crepúsculo en reposo  
Pájaros, luz, esencias y sonidos!

## XII

Pues se va el ruiseñor y el día parte,  
Tú y yo, y tus padres y tu bella hermana,  
Como dice la frase castellana,  
*Marchemos con la música á otra parte*,  
Para seguir pensando hoy y mañana,  
Tu padre en los problemas de la historia,  
Tu madre en vuestra suerte,  
Tú en la fé y en la gloria,  
Tu hermana en el amor, y yo en la muerte.  
Pero al decirte adios, niña querida,  
Déjame que primero  
Te diga veinte veces que te quiero  
Y te querré mientras que tenga vida,  
Pues que serás, espero,  
Adorada por bella y virtuosa,  
En el mundo primero como hermosa  
Y despues como santa en los altares.

RAMON DE CAMPOAMOR.

## UNA ESPERIENCIA

## I

Fabian era uno de esos caracteres que disipan la vida como una fortuna heredada, pero que saben al mismo tiempo salvar de todas las borrascas, pura é incólume, la blanca aureola con que coronan las madres la frente de sus hijos.

Habia llegado á treinta años sin otro amor que el del placer, y no tenia en su historia novelesca una sola página enlutada.

Por lo mismo que era un huésped errante del hogar, le atraian á él, con irresistible imperio, el cansancio de su espíritu aventurero y el anhelo de penetrar en lo desconocido.

Le encantaban sobre todo, y los buscaba con afán, esos idilios de la adolescencia en que la pasion se manifiesta como el alba, y en que el alma no sabe ni por qué está triste, ni por qué tiene celos, ni por qué sueña.

Aquellas escenas llenas de frescura y de poesia eran las predilectas de su atencion y de su estudio, y solia detenerse largo tiempo en un punto, haciendo un paréntesis á sus continuos viajes, para seguir en todas sus evoluciones el desarrollo de una pasion nacida en medio de los juegos de la infancia.

## II

Una tarde calurosa del estío, obedeciendo á las exigencias de su constante inquietud, Fabian erraba á la ventura por los alrededores de la ciudad, al través de las quintas, que proyectaban apenas la sombra de sus árboles sobre el camino incendiado por el sol.

Todos los sitios estaban silenciosos, todas las hojas inmóviles, y habia en el aire esa pesadez adormecedora que llena de voluptuosidad las horas de la siesta.

Fabian marchaba al azar, huyendo de la ciudad, cuya calma le abrumaba; queria dilatar su espíritu en el movimiento, y nada mas.

Acaso pensaba entonces en el porvenir; acaso sentia en su corazón la soledad del vacío, y se preguntaba inquieto donde estaria la ternura creada para él.

Su mirada indiferente veia pasar, uno tras otro, los viejos paraísos, de tendido y compacto ramaje, cuajados de flores perfumadas, y los altos álamos, escalonados á lo largo de los cercos como centinelas del camino, cuyo follaje, al menor soplido de la brisa, parecia un enjambre de pájaros alesteando en derredor de un mástil.

De pronto observó que el camino, cada vez mas estrecho, iba á cerrarse á pocos pasos del sitio á que habia alcanzado.

Como no habia senda alguna que le permitiera desviarse á derecha ó izquierda, determinó llegar á aquel límite, tomar en él un corto descanso, y volver nuevamente hacia atrás.

Pero lo que se le habia presentado como un límite, no era mas que un recodo: la senda continuaba hácia la izquierda, estrecha siempre, y se perdía á lo lejos entre el ramaje del napinday que amurallaba los cercos.

### III

Desde el recodo, á donde llegó luego, vió Fabian dos casitas blancas, medio perdidas entre los árboles, y un tanto alejadas de la orilla del camino.

Estaban situadas la una frente á la otra. Las puertas de entrada de las quintas gemelas á que pertenecian, pequeñas tranqueiras abiertas é invadidas por los sauces, se hallaban en la misma línea y se miraban; al pié de cada una de ellas, un poco hácia afuera, habia un ombú gigantesco, y las copas de ambos se enlazaban formando una bóveda de verdura sobre la senda divisoria.

Pero no fué nada de esto, que Fabian abarcó en todos sus detalles con una rápida ojeada, lo que fijó su atencion y le obligó á detenerse: habia allí algo mas, y ese algo mas fué lo que se puso á observar, absorto, con la sonrisa en los labios y la alegría en el corazón.

Uno de los ombúes, el de la derecha, tenia en gran parte al descubierto una de sus enormes raices, que se encorbaba como una garra antes de penetrar en la tierra.

Sobre aquel trozo de raiz, completamente bañados por la sombra del follaje, estaban sentados, á muy corta distancia uno de otro, una niña que podria tener catorce años, y un niño que no contaria mas de diez y seis. Ella era blanca y pálida como una azucena: él moreno y sonrosado como un hijo de los campos.

Habia en su actitud no sé qué timidez ruborosa y encantadora que denunciaba el amor. Ambos tenian la frente inclinada y los ojos bajos, como si tuvieran miedo de mirarse, y jugaban, ella pasando entre sus dedos la cinta azul en que remataban sus negras trenzas, y él haciendo girar sobre su rodilla su sombrero de paja.

### IV

Fabian, en presencia del idilio, lo ovidó

todo, y se puso en acecho, ocultándose como pudo, para no perder un movimiento, ni una palabra, ni una mirada, de aquella escena sonriente.

Después de una larga pausa, el niño rompió el primero el silencio con voz insegura.

—¿Te gustan las palomitas, Luisa? ¿quieres criar una?

—¿Y si se me muere...?

Parecia que iba á agregar:—¿te enojarás conmigo? pero no se atrevió, y el resto de la frase espiró en sus labios.

El niño contestó:

—Si la quieres mucho, no puede morir.

—Es verdad, replicó ella sencillamente; otra que tuve el año pasado no me duró mas que un dia, porque como no habia tenido tiempo de tomarle cariño, á la noche me olvidé de guardarla en su nidito.

Mientras Luisa hablaba, el niño se iba poniendo triste y grave, y apenas terminó, la miró de frente y le dijo con cierta amargura:

—¿Quién te la dió?

Luisa guardó silencio un instante. Después, alzó por primera vez hasta él sus hremosos ojos, le envolvió en una mirada llena de ternura, y contestó:

—El quintero.

Al mismo tiempo, y como si comprendiera que debia castigar aquellos celos, se levantó con lentitud, echó hácia atrás sus trenzas, se cubrió la cabeza con un pañuelo de seda que tenia al cuello, y murmuró preparándose á partir:

—Adios, Ignacio, hasta mañana. No dejes de traerme la torcacita con el nido.

El niño se levantó tambien suspirando.

—¿Te vas ya, Luisa?

Habia en su voz tanta tristeza, que la niña vaciló. Pero luego tomó una resolucion súbita: se quitó el pañuelo de seda, y lo alcanzó al niño con la punta de los dedos.

—No tengo miedo del sol, le dijo: tápala con él esta noche para que no tenga frio.

Y se alejó con tanta rapidez como si hubiera.

### V

Durante un mes, con muy cortos intervalos, porque el tiempo se mantenía casi siempre hermoso, asistió Fabian á aquel sitio á la misma hora.

Nunca dejó de encontrar á los niños al pié del ombú; cuando mas, sucedia que el uno llegaba primero, y aguardaba al otro

con la emocion de la esperanza, fijando la mirada inquieta en la casa vecina.

Cada dia se repetía la misma escena, y cada dia Fabian sentia mas interés y mas placer en contemplarla.

Su corazón sediento de ternura se envolvía en aquella atmósfera llena de pureza, y se dilataba suspirando como un cautivo ante la reja que le muestra el cielo.

Ignacio habia llevado á Luisa la palomita, acurrucada en el mullido lecho de su cuna, y ella tomaba tambien parte en el idilio. Luisa no queria que él dejara de ver cómo la cuidaba, y cada tarde pasaba de las manos del uno á las del otro, besada por los dos, siempre abriendo desmesuradamente el pico y batiendo las alas.

Una vez Luisa la tenia entre sus manos, y el niño se aproximó á acariciarla; mas el beso desfinado á ella no la tocó, porque sin saber cómo fué á perderse entre los rojos labios de la niña, que sonreía mirándola.

Luisa no dijo nada, pero su rostro se puso como la corola de una rosa que estalla bajo el sol de la primavera.

### VI

Fabian tuvo un pensamiento cruel; quiso hacer una esperiencia, sirviéndose de aquellas almas diáfanas estremecidas por la pasión.

¿Qué fin le guiaba? El mismo no podria decirlo: obedecia á un impulso fatal de su espíritu cansado, que buscaba emociones desconocidas.

Empezó por averiguar en los alrededores, preguntando á las vecinas curiosas, de qué manera se habia producido el idilio; y le dijeron que Ignacio y Luisa habian nacido en las casitas blancas que fijaron su atencion desde el principio; que la familia de la niña, establecida en la ciudad, la llevaba á la quinta todos los veranos, y era entonces solamente que podia verla el niño, que vivia siempre allí; que habian jugado juntos desde que Luisa aprendió á dar el primer paso; y por último que hacia poco tiempo habian cesado de pronto en sus juegos infantiles, y ya no se veian sino en la soledad de la siesta, esquivando para encontrarse hasta la mirada de sus padres.

Esto era bien sencillo, y esto era todo.

Fabian comprendió que aquel amor debia tener profundas raices en el alma, y quiso saber cuánto heroismo era capaz de desplegar en la lucha á que iba á someterlo.

Un dia se engalauó como para asistir al mas lujoso baile, montó su mejor caballo de paseo, y se encaminó á la hora de cos-

tumbre, hermoso y gallardo, al sitio de la cita.

No hizo mas que pasar delante de los niños, que estaban el uno al lado del otro, y se ruborizaron al verle. Ni siquiera demostró haber reparado en ellos; pero observó que le miraban á hurtadillas, Luisa con curiosidad, Ignacio con una especie de sobresalto.

## VII

Fabian avanzó un corto trecho, y luego retrocedió paso á paso por la misma senda.

Los niños permanecían allí todavía, pero Ignacio habia cambiado de posicion, y no estaba ya tan cerca de ella como antes. Luisa parecia triste, y se diria que entre los dos flotaba una sombra misteriosa.

Fabian se detuvo al pié del ombú, y clavando en la niña sus ojos, le preguntó si podia darle noticia de una persona que andaba buscando.

Ignacio se apresuró á responder bruscamente:

—Nosotros no sabemos nada, señor.

Y se puso á mirar como distraido el horizonte.

—Talvez mi mamá lo sepa, añadió Luisa con dulzura, poniéndose de pié; si ya se ha despertado, se lo preguntaré.

Fabian le dió las gracias, y la llamó «hermosa señorita,» lo que la turbó mucho, y produjo una contraccion dolorosa en el rostro de Ignacio.

Apenas ella se hubo alejado algunos pasos, el niño se levantó en silencio, miró al forastero de una manera hostil, examinándolo de arriba á abajo, y se marchó de pronto sin volverse, llevándose dentro del alma la primera tempestad.

## VIII

Los niños apasionados proceden siempre así.

En presencia de un rival que amenaza el nido de sus amores, no quieren luchar para vencer. Creen firmemente que la mujer amada no ha debido tener encantos y halagos sino para ellos, y considerándola siempre culpable, le exigen como una expiacion que disipe por sí misma la nube levantada en el camino de su felicidad.

Esto, que á primera vista no es sino una crueldad del egoismo, lleva en el fondo un fin que no se explica, pero que instintivamente busca el amor. El corazon cuenta con la ternura de la mujer, exaltada por el abandono y el obstáculo, para atraer sobre el rival odiado las iras de su desolacion.

Quando Luisa volvió, se encontró sola con

Lo primero que hizo fué mirar al soslayo el sitio á donde habia dejado al niño, y al notar que estaba vacío, se borró como por encanto la sonrisa que traía en los lábios, y sus ojos se humedecieron, como si estuvieran á punto de anegarse en lágrimas.

Sin embargo, se aproximó á Fabian sin inquietud.

—Mi mamá duerme aún, le dijo, y no me he atrevido á despertarla.

Y observando que él la examinaba con insistencia, bajó la mirada y dió un paso atrás.

Fabian volvió á darle las gracias, la saludó galantemente, y partió murmurando de modo que ella lo oyera:

—Es dulce y bella como una torcaz.

## IX

Al dia siguiente volvió Fabian; esta vez iba á pié y vestía irreprochablemente como la víspera.

Luisa se hallaba inmóvil en su sitio, fijos los ojos en tierra con tristeza, teniendo en las faldas su palomita y á los piés el uido. El niño no estaba allí.

Observando las flores y las hojas en todos sus detalles, cual si le tuviera abstraído la contemplacion de la naturaleza, Fabian se fué aproximando hasta colocarse delante de ella.

Luisa le vió de pronto, y ni siquiera tuvo tiempo de enjugar una lágrima que en aquel instante brillaba suspendida en su negra pestaña. No hizo mas que volver el rostro para ocultar su turbacion.

Fabian lo adivinó todo, y la habló como saben hablar los que conocen el mundo palmo á palmo y tienen en su espíritu educado el raudal de encantos de la seduccion:

Para llegar al fondo de su pensamiento, poniéndose en armonía con aquella alma cándida, dió á su voz las inflexiones de la tristeza y á su rostro las sombras del pesar; y luego que por este medio la hubo atraído hácia él, arrulló su oído y penetró en su corazon con la dulzura de un lenguaje lleno de imágenes y de colorido, que ella escuchaba por la primera vez.

La dijo que amaba las flores con pasion; que los nidos ocultos entre el verdor del follaje eran su ideal del porvenir; que pensaba como niño y sentia como poeta; que tenia sed de ternura y de hogar; que la soledad lo ahogaba; que era en fin un proscripito de la dicha, que andada errante en pos de una vírgen soñada, sin poderla nunca encontrar; y que la hablaba así porque la habia visto triste y llorosa, y se creía con

Luisa le escuchó atentamente, estremeciéndose á cada palabra que traducía sus esperanzas, sus ensueños ó sus dolores, y por toda respuesta levantó en sus manos la palomita, y besándola muchas veces, se inclinó sobre ella hasta tocarla con la frente y se puso á llorar.

## X

Transcurrió una semana.

Durante este tiempo, no dejó Fabian una sola tarde de buscar á Luisa á la sombra del ombú.

La encontraba invariablemente en el mismo sitio y en la misma actitud. Parecia aguardar siempre á alguno; y sin embargo Ignacio no habia vuelto á acudir á la cita.

¿Luisa le esperaba acaso todavía, como esperan las madres enloquecidas por el dolor, sentadas al pié de la cuna, la vuelta del hijo muerto?

¿O le habia ya olvidado, y era Fabian

quien la arrastraba dia á dia á aquel sitio?

Él creía esto último, y lo creía sintiéndose lleno de un goce extraño. Muchas veces se decia que su experiencia habia salvado á Luisa de un amor que la hubiera hecho infeliz, por lo mismo que no habia resistido á la prueba, y pensaba complacido que ella debia creer indigno de ser querido á aquel que la habia dejado sola con la borrasca de su corazon.

Dominado por estas ideas, y sin darse cuenta de su empeño, Fabian redoblaba sus esfuerzos sin cesar, y cada tarde desplegaba ante Luisa nuevos horizontes, y derramaba en su alma la magia poderosa de su palabra.

La niña le oía sin mirarle; pero se ruborizaba y parecia conmovida. Hacia tiempo que no lloraba ya, y su tristeza, transformada lentamente, se habia hecho vaga y tranquila como un crepúsculo.

Fabian sufría y gozaba á la par; y es que habia concluido por enamorarse de ella, y empezaba á entrever que habia puesto en la lucha algo mas que curiosidad.

## XI

Una tarde volvia de su entrevista diaria, con el alma llena de sueños dorados y de estremecimientos misteriosos.

Acababa de dejar á Luisa mas turbada que nunca, y traía como un trofeo el recuerdo de una mirada tímida y suplicante en que ella por primera vez le habia devuelto.

Al salvar el recodo, el niño, ya olvidado, se le presentó de improviso; su vista le hizo mucho mal, y se sintió avergonzado y em-

Ignacio en aquel momento salía al parecer de la quinta de sus padres, aprovechando un portillo abierto hacia poco en el cerco de ñapinday.

Fabian conoció en seguida que aquel portillo era obra suya. Era evidente que el niño había pasado por allí muchas veces para llegar al recodo y espiarlo, y Fabian pensó estremeciéndose cuánto había debido sufrir.

Ignacio tenía en la mano una honda, y observaba á un pobre hornero que se hallaba parado sobre el cerco opuesto. Estaba ceñudo y sombrío, y se notaba en todo su aspecto un cambio extraño.

Cuando Fabian pasó entre el niño y el pájaro, la honda giró con violencia, y arrojó la piedra silbando por encima de su cabeza. El pájaro cayó moribundo, pero Fabian comprendió que la piedra tanto iba dirigida al hornero como á él, y se alejó triste y pensativo, sin pronunciar una sola palabra.

Llevaba en pos la sombra tenaz del remordimiento, y vibraba lúgubrementemente en su oído esta elejía que el niño murmuró ante el pájaro muerto:

—Quién te manda querer!

## XII

La tarde siguiente Fabian no fué por allí; pero un día despues podía vérselo á la hora de costumbre deslizándose con lentitud por el camino que conducía á las quintas del idilio, como las llamaba él.

Aquella vez sin embargo no pasó del recodo, y se quedó en acecho como el primer día que las descubrió.

Luisa estaba sola con su palomita al lado; fija la mirada en tierra y la frente apoyada en las manos, tenía siempre la misma dulzura, la misma tristeza; mas que la imagen del dolor, parecía el ángel de la resignación.

De súbito una sombra tenue se dibujó en el camino, se extendió hasta ella y la tocó. Era Ignacio que acababa de aparecer en la tranquera vecina, frío, severo, adusto, como un juez implacable.

Luisa le vió y se levantó electrizada.

Corrió hácia él delirante de júbilo y de pasión, riendo y llorando á la vez, y le estrechó en sus brazos, y con sus besos le coloreó las mejillas y borró de sus labios el desden. Despues le arrastró hácia la raíz del ombú, hácia el trono de sus amores, y le sentó á su lado.

El niño olvidó su cólera y sonrió como ella.

Luego...la palomita pasó, tréñula y aho-

gada por las caricias, de las manos del uno á las del otro, como un arrullo cambiado entre los dos.

Ellos tambien eran tórtolas que rehacian el nido destruido por la tempestad.

Fabian se oprimió el corazon suspirando, y partió para no volver jamás.

MARTIN CORONADO.

## JOSÉ RIVERA INDARTE

### APUNTES BIOGRÁFICOS

Nació D. JOSÉ RIVERA INDARTE en la ciudad de Córdoba el 13 de Agosto de 1814. Fueron sus padres el Coronel D. Manuel Rivera y la Sra. Da. Trinidad Indarte.

Hizo sus primeros estudios en la Universidad de Buenos Aires, cursando latin, filosofia, matemáticas y derecho. Siendo discípulo de este establecimiento, comenzó á revelar su vocacion por el periodismo, redactando diarios manuscritos destinados á censurar los actos de los rectores y de sus mismos condiscípulos, censuras que le atrajeron la enemistad general y el insulto, la befa y aún los golpes de sus compañeros. En esta lucha infantil, provocada por él, manifestábase ya el valor cívico y la tenacidad incontrastable que fué, andando el tiempo, el sello de su carácter.

Las ideas de la revolucion de Mayo, apasionaban por entonces todos los espíritus, y en los claustros de la Universidad, como debe suponerse, aquella pasión noble en sí misma adquiría la exaltación propia de la adolescencia.

El jóven Rivera Indarte, impulsado acaso mas por su carácter, amante de la lucha, que por sus convicciones, pretendió él solo contrarrestar aquel torrente, defendiendo la tradicion colonial en medio de una juventud educada en el odio á la España.

Semejante propaganda, que debió parecer á sus compañeros delito de lesa patria, levantó contra él una persecucion tan seria y tenaz, que al fin fué separado de la Universidad.

Continuó, sin embargo, sus estudios, haciendo largas lecturas, aunque sin método alguno, y adquiriendo, por consiguiente, esos conocimientos superficiales siempre incapaces de producir sazonados frutos.

Sus primeros escritos aparecieron en la *Gaceta Mercantil* en 1832, sosteniendo el proceder del Gobierno uruguayo en cierta cuestion, con cuyo motivo adquirió la amistad y proteccion de D. Santiago Vazquez, Ministro de Gobierno en el nuevo

Estado Oriental. Pasó entonces Rivera Indarte á Montevideo, contando apenas diez y ocho años de edad, y fundó allí el «Investigador».

En 1834 regresó á Buenos Aires comisionado por Oribe, y continuó en la Universidad su curso de derecho. Por aquella época escribió en el *Imparcial* y redactó el *Diario de los Avisos* y *La Lanza*. Dió en seguida á luz los *Apuntes del asesinato de Quiroga*; la *Volkaneria*, coleccion de poesías y artículos en prosa; *Diez años ó la vida de una mujer*, arreglo dramático; *El voto de América*; y la *Defensa del voto de América*; que habia sido impugnado por el Dr. D. J. B. Alberdi.

Delatada á Rosas por el mismo Oribe la comision de que le habia encargado, hostil á las miradas políticas de la lógia de los republicanos brasileros, cuyo comisionado Fontaura era estimado por el dictador, fué encerrado en un calabozo con una barra de grillos.

Aquí comienzan los dolores de la vida y con ellos una evolucion en la potencia intelectual de Rivera Indarte. Dilatado su pensamiento en el silencio de la prision, mojados sus ojos con amargas lágrimas, retempló su espíritu en la lectura de obras serias y entretuvo sus horas de soledad en el estudio del latin, el francés, el italiano, y sus respectivas literaturas. La Biblia y el poema del Dante fueron entonces como un asilo para su corazon, sinceramente religioso, y encontró en sus páginas la revelacion de su númen poético, si tal puede llamarse su inclinacion á verter en medianos y algunas veces pésimos versos, el sentimiento de la belleza.

Y puesto que hemos tocado este punto, emitamos á la lijera y como de paso la opinion que nos merece Rivera Indarte como cultor de las musas, única debilidad que le conocemos.

Desde luego, y para hablar con entera franqueza, Rivera Indarte no es un poeta ni mucho menos: es un mal versificador. El verso es casi siempre flojo, sin colorido, sin esa resonancia que solo le comunica el alma inspirada cuando se vale de la palabra como el pájaro del aire para tender las alas. Ensayó todos los géneros poéticos, precisamente porque no atinó á dominar ninguno, y si se exceptúan sus *Melodias hebraicas*, donde hay chispas de inspiracion, y pocas estrofas de sus demás composiciones, podria decirse que se descubre con frecuencia en sus versos el historiador, el erudito, el político, pero jamás el poeta.

No creyó, como tantos otros, en el axioma vulgar *el poeta nace*, y sus obras se encargaron una vez mas de probar la verdad de esta observacion.

Abiertas las puertas de su prision por los buenos oficios de su protector D. Santiago Vazquez, y despues de sufrir nuevas persecuciones de Rosas, pudo Rivera Indarte salir de Buenos Aires. Dirigióse á los Estados-Unidos, donde desembarcó en el puerto de Salem, no sin haber sufrido en la travesía graves padecimientos por haber sido atacado de la viruela y abandonado por la tripulacion, temerosa del contagio, en un cobertizo á la proa.

Aunque en lucha abierta con la miseria y en un pais para él desconocido, logró ser admitido en una sociedad religiosa y literaria, á la cual ofreció algunos trabajos que fueron bien recibidos. Despues de familiarizarse con la lengua inglesa, dedicóse al estudio de sus economistas, hizo apuntes sobre el sistema penitenciario y no dejó de mano las lecturas literarias.

Despues de residir algunos meses en Nueva York, se embarcó para el Janeiro, donde encontró á su antiguo protector D. Santiago Vazquez, y por sus recomendaciones fué nombrado Secretario de la Legacion de la República Oriental, á cargo entonces del Dr. D. Pedro P. Vidal.

Abandonando en seguida este pueblo, se trasladó á Montevideo, y en Julio de 1839, se hizo cargo de «El Nacional», ariete poderoso que *habuier*to anchas brechas en el edificio de la tirania, segun la espresion de Thompson, citado por el Sr. D. Bartolome Mitre en su escelente biografia de Rivera Indarte, que tenemos á la vista y seguimos en estos apuntes.

Con la redaccion de *El Nacional* comienza la labor fecunda de nuestro autor, y es á contar de este momento que se hace digno de la consideracion de la posteridad. Rivera Indarte, mal poeta, era un periodista de talla, enérgico en la polémica, infatigable en la accion, levantado en los propósitos.

Para terminar dignamente estos apuntes, trascribimos á continuacion el juicio de su ilustre biógrafo, el Sr. Mitre, considerando á Rivera Indarte como periodista y narrando los últimos años de su vida:

«Indarte empezó por dirigirse al corazon de sus compatriotas por medio del entusiasmo; por atacar la tirania de Rosas de un modo razonado; examinó con una rara fa-

de nuestra revolucion, y contribuyó á amontonar sobre la cabeza de Rosas la tempestad, por su fecundidad en buscar temas para herirlo, por su constancia para persistir en la tarea, por el calor y brillo con que presentaba sus ideas, sublevando con estas palancas poderosas los sentimientos generosos de patria y libertad en el interior; y en el exterior las maldiciones de la civilizacion en masa contra el tirano de Buenos Aires. «El Nacional» tal como es, con todos sus lunares, con todos sus descarríos, es nuestro único catecismo político, en donde se hallan formulados en principios y en ideas el oríjen y los fines de la noble causa que sostenemos.—Cuando juzguemos á Indarte como escritor político, nos detendremos mas en detalle sobre sus escritos en el «Nacional».

Entre las varias cuestiones que promovió, una de ellas fué la emancipacion de la esclavatura, cuestion que sostuvo con habilidad y que le mereció una carta muy lisonjera del Vice Presidente de la sociedad de Abolicionistas de Estados-Unidos M. Guillermo Garrison, de la cual fué nombrado socio delegado, encargándole especialmente que persistiese en propagar ideas sobre esta importantísima materia.

Ocupándose con tanto ardor en socavar los cimientos de la tiranía, le sobraba tiempo aún para entregarse al estudio, mantener una correspondencia activa con el *Jornal do Commercio* á título de colaborador, escribir poemas y poesías fugaces, hacer traducciones, prestar oficialmente su pluma al gobierno, y tener una correspondencia extensa con Chile, Bolivia, Buenos Aires, el Brasil y las primeras notabilidades de los ejércitos libertadores.—Pero todo este peso no era aún superior á las fuerzas de Indarte: en 1841 emprendió con el Señor D. Juan Maria Gutierrez un periódico semanal, en verso, titulado *Tirteo*, y que por último quedó escribiendo él solo.—Los poemas de *D. Cristóbal* y de la *Batalla de Jaguazú* fueron elaborados en este intervalo. Igualmente aumentó sus *Melodías Hebráicas*, y fué colaborador de una *Compilation de Poetas del Rio de la Plata*, con notas y noticias biograficas. *El epitome de la cuestion francesa, sus Efemérides de las matanzas y de quéllos de Rosas*, la obra titulada *Rosas y sus opositores*, que tantos ecos ha tenido en Europa, su *Exámen del bloqueo por la Escuadra Argentina*, la *Carta al Emperador del Brasil*, la *Demostracion sobre la legitimidad de la Independencia del Paraguay*, sus *Tablas de sangre:*

*santa matar á Rosas*, son otras tantas producciones improvisadas en este periodo que le han granjeado la admiracion y el aprecio de los hombres pensadores en América y Europa. Su nombre ha sido repetido en Francia, Inglaterra, España, Chile, Brasil, Bolivia y Estados-Unidos, y sin embargo Indarte no era todavía sino una esperanza que estaba muy distante de haber dado los frutos que debian asignarle su rango como escritor. Sus facultades iban en un progreso rápido que puede medirse por solo el orden cronológico de sus obras.

Despues de la derrota del Arroyo Grande, Indarte fué uno de los pocos que no desesperaron de la suerte de la Patria, y como escritor, jamás abandonó su puesto, continuando en animar á los patriotas y ensalzando á los que hacian esfuerzos por reunir los elementos dispersos.—Cuando Oribe sitió la plaza de Montevideo, Indarte continuó sereno, atrincherado en su bateria de principios, con la misma valentía que cuando lo apostrofaba á la distancia.

El 25 de Mayo de 1844 el Gobierno decretó, bajo las bases presentadas por el Geógrafo político D. Andrés Laguna, la creacion de un *Instituto Histórico Geográfico Nacional*, del que Rivera Indarte fué nombrado miembro fundador, que es la primera gerarquía.

Las escesivas tareas y vigias que por el espacio de seis años consecutivos se impusieron al infatigable escritor, dieron al fin su resultado. En Marzo del presente año (1845) cayó postrado en el lecho de que no debia levantarse, á consecuencia de un violento vómito de sangre, producido por una afeccion pulmonar, que sin duda existia latente mientras él se consagraba á la causa de su patria, á la que despues de dar sus preciosos frutos, debia rendir su vida en holocausto.

Los médicos le aconsejaron que pasase á Rio Janeiro á restablecer su salud. Allí siguió casi en el mismo estado, y sin embargo, aunque exhausto de fuerzas físicas, su patriotismo le dió aliento para empuñar por última vez la valiente pluma del Redactor del *Nacional* y escribir el opúsculo titulado: *La Intervencion en el Rio de la Plata*. Este trabajo, sobre la intervencion á que él ha contribuido, fué el canto del cisne. En la melancolía profunda de que están impregnadas las últimas palabras del último capítulo parece que presentia su cercana muerte. No probándole bien los aires del Janeiro, pasó á Santa Catalina, á donde

dencia en la ciudad del *Destierro*, capital de la Isla, que servía de asilo á otros muchos emigrados argentinos que tambien debían morir en el destierro. Allí fué sometido á un tratamiento enérgico por el hábil facultativo Argentino Dr. Montesdeoca, que prolongó algunos días mas su preciosa vida, pues su dolencia habia llegado á aquel grado de desarrollo en que la ciencia es impotente y el hombre espera por momentos la hora de su muerte. Cuando le comunicaron á Indarte su estado, lo oyó con resignacion cristiana, pero penetrado de dolor, porque abrigaba esperanzas en la vida y dejaba en ella una madre de la que era el consuelo y apoyo.

Antes de acompañarlo hasta el sepulcro, detengámonos unos instantes y consagremos algunas líneas al buen hijo, que así en las horas de paz como en las horas de amargura, siempre conservó en su corazón el mas entrañable amor por la que le llevó en su vientre. Este sentimiento tierno daba á su carácter un fondo de candidez que le granjeaba la simpatía de todos. Llevaba siempre consigo un Rosario que le habia dado su madre y al cual compuso la poesía que hemos citado, y en la que se encuentra esta magnífica estrofa digna de Lamartine:

Quando Satan el libro del pecado  
Gozoso lleve al juicio divinal,  
Tú borrarás sus páginas horribles  
Y el fiel de la balanza inclinarás.

El primer dinero que ganó en Montevideo con su trabajo personal se lo envió íntegro á su madre, y en la última época, de su modesto sueldo de Redactor (cien patacones) le pasaba una pensión. Esta página de su vida, aunque no la mas brillante, es la mas pura y la mas digna de ser imitada. La práctica de las virtudes domésticas es la base de la felicidad de las naciones, y el que es mal padre, mal hijo ó mal esposo no puede ser buen ciudadano.

Acerquémonos ahora á su lecho de agonía.—Indarte se sentía morir como una luz sin alimento. Se hallaba en un estado de lastimosa estenuacion, pero sus potencias estaban despejadas y siempre se hallaba rodeado de sus amigos, con quienes conversaba. Por fin, Dios quiso poner término á aquella prolongada agonía, y el 19 de Agosto á las 8 de la noche habia dejado de existir. D. Julian Paz, en cuya casa murió, escribe al señor Ministro D. Santiago Vazquez, lo siguiente:—«El Dr. Agüero (D. Julian S.), el médico y otros amigos, han acompañado los últimos momentos de nuestro malogrado Indarte. Sus finales pala-

bras en el dia de ayer han sido recuerdos para usted y exclamaciones sobre la patria y la cuestion que hoy se ventila en el Plata. Deseaba irse á Montevideo, pero carecia de la fuerza para un viaje semejante.... P. D.—Vuelvo de conducir al desgraciado Indarte al Cementerio. Ha sido acompañado por todos los compatriotas y amigos de la causa residentes aquí.—Su sepulcro queda bien señalado para cuando llegue el momento de trasladar sus restos á Buenos Aires como lo pidió y se lo prometí.—Se hizo la autopsia del cadáver, y todos vimos el pulmon derecho completamente supurado, y el izquierdo dañado tambien, aunque no en el grado que el otro. El Dr. Montesdeoca dice que la enfermedad ha sido una *tísis tuberculosa*».

Así terminó su existencia el primer publicista de la era revolucionaria, que tantas plumas ha quebrado ya.

Un literato Argentino ha dicho, con motivo de la muerte de Rivera Indarte:—«Hoy van los hombres muy temprano á la tumba; al menos tal es el destino de las mejores hojas del árbol de la Patria, allí donde riegan las aguas del Uruguay y del Plata: murió, es la contestacion que damos cuando se nos pregunta por algun amigo. Y como lo que sucede á cada instante, pasa con indiferencia y luego se olvida, es preciso fijar los fugaces recuerdos para que no mueran con nosotros ni se entierren completamente con el que los despierta.»

## CRÓNICA DE LA SEMANA

### UNO MENOS

Pedro Bourel, el activo é inteligente reporter de *El Nacional* y fundador de nuestro interesante colega *La Ilustracion Argentina*, acaba de caer al golpe de un puñal invisible que traídoramente le ha partido el corazón.

No se alarmen nuestros lectores, pues no ha caído en la tumba, sino en el lecho nupcial, aprisionado en los brazos y herido por el amor de una mujer bella, inteligente y espiritual.

El poeta Rafael Obligado, que es quien nos dá esta inesperada noticia, dice que, caer así, es caer en el cielo, y que él se siente satisfecho de haber contribuido, como padrino, á la realizacion de la boda, esa especie de zancadilla moral (perdónesenos el atrevimiento de la metáfora) que ha derrumbado á Bourel sobre la *deliciosa materialidad del matrimonio*.

Nosotros hacemos votos porque disfrute

de una interminable luna de miel nuestro querido colega y amigo.

### «LA MÚSICA»

Engalanamos hoy nuestros columnas con el magnífico poema de Campoamor *La Música*.

Este poema, verdadera obra maestra así por la altura con que está desarrollado su tema como por las innumerables bellezas que encierra, revela en cada una de sus estrofas el vigoroso génio poético de Campoamor.

Está escrito con ese estilo natural, con esa difícil facilidad que es peculiar á las producciones del insigne poeta español.

No dudamos que nuestros lectores nos quedarán agradecidos por tan bello presente.

### JORGE ISAACS

Háse anunciado la llegada á estas playas, del insigne literato Jorge Isaacs, el autor de *Maria*.

Segun parece, Isaacs dirigióse hace algun tiempo al general Roca esponiéndole la situacion precaria en que se hallaba á consecuencia de desagradables sucesos políticos, y manifestándole su deseo de venir á establecerse en el Plata, siempre que pudiera de antemano contar con suficientes medios de existencia.

El general Roca contestóle inmediatamente ofreciéndole todo su concurso y prometiéndole la digna acogida á que es merecedor por su talento y por sus obras el eminente literato colombiano.

A consecuencia de esto, es fácil que dentro de poco tiempo Buenos Aires albergue en su seno á una de las inteligencias que dan mas lustre á la América latina, quien despues de haber honrado á su patria con una obra inmortal, la abandona en medio de la indiferencia de los suyos que le dejan alejarse en silencio.

Bien venido sea ese glorioso proscrito que con tantas y tan profundas simpatías cuenta en el hogar argentino!

### ERRORES

Tanto en la carta del Dr. Damianovich, dirigida á Campoamor, como en el poema de éste, que publicamos en el número anterior, se han deslizado algunos errores que suponemos hayan sido salvados por la inteligencia del lector.

### EL ECO ARTÍSTICO

Con este título ha aparecido una interesante publicacion.

Le deseamos prosperidad y larga vida.

EL ALBUM DEL HOGAR lleva hoy los siguientes materiales:

Pro Dolores, por C. M. y P.—La música, poema de Campoamor.—Una esperiencia, por Martin Coronado.—José Rivera Indarte.—Crónica de la semana.

# EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

APARECE LOS DOMINGOS

REDACTOR: G. MUÑOZ Y PEREZ

ADMINISTRACION: URUGUAY 592

## EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, ENERO 20 DE 1884

EL POETA MENDEZ

EN SU HOGAR

Un sillón cubierto de reps mordoré ya descolorido y de aspecto antiguo; al lado una de esas canitas de pupilo, pintada de verde, con su colcha de lanilla oscura y dos blancas almohadas; hácia un costado, contra el muro, un armario enchapado en caoba; en frente, dos ó tres mesitas color nogal; en un rincón formando pirámide, un montón de papeles, rezagos del «Album del Hogar»; cuatro ó cinco sillas de esterilla colocadas aquí y allá; al lado de la cama una mesita de noche cargada de tarjetas, recortes de diarios, cartas: hé ahí el dormitorio del poeta y su sala de recepción.

De día ocupa el sillón, cubierto hasta la cintura con una manta con el busto reclinado sobre el ancho respaldo.

De noche, se le encuentra en la cõmita, en la misma posición.

Nunca lo vereis de pié; no lo vereis tampoco tendido sobre la cama, sino en esa actitud en que se destacan las formas correctas de su busto, haciéndoos pensar que ese pobre tullido, si pudiera levantarse, sería un tipo apuesto y esbelto.

Si hubiera también allí diez personas en otras tantas camas, al primer golpe de vista reconoceríais al poeta, porque si, en verdad, los rasgos de la fisonomía suelen estar en correspondencia con las tendencias del espíritu, en la de Mendez estas similitudes están notablemente diseñadas.

Frente espaciosísima, tersa y pálida; ojos oscuros fulgurantes, que bañan el rostro con irradiaciones que tienen algo de la melancolía de los resplandores crepusculares, cuando un sentimiento de dolor ó de ternura lo domina, y algo de la luz deslumbradora del rayo, cuando el entusiasmo ó la indignación lo ajita.

La barba que ciñe su rostro, negra como

su cabello, acentúa mas la espresion y el brillo de su mirada.

El que lo visite, á poco que converse con el poeta, se sentirá dominado por el influjo de su conversacion siempre amena, bordada de ocurrencias y observaciones felices, chispeantes ó irónicas, segun sea el asunto de la plática.

Es un carácter franco, expansivo, insinuante y al mismo tiempo de un temple poderoso.

Tras un largo silencio, lo veis desplegar los lábios.

Vá á lanzar una queja, un grito, una maldicion contra el destino implacable que lo abate?

Nó, vá á lanzar una chispa de buen humor en medio de aquel silencio doliente en que se ha encerrado el visitante compadecido de tanto infortunio.

Hay momentos, sin embargo, en el seno de la intimidad, que su espíritu, como el ave herida en medio de su vuelo, parece que vá á caer postrado, cuando, sobre todo, dirige la vista al porvenir y no vislumbra ninguna de esas bellas perspectivas que encantan la vida, siquiera nosean mas reales que las de la óptica, cuando le abandona la esperanza, ese apoyo supremo de la vida.

Pero estas situaciones son pasajeras y nunca llegan hasta enervar la fibra de su carácter.

Al fin se yergue con un ceño que es fácil traducir: el desprecio por todo lo que creemos grande en la vida, hasta por la gloria, que ha unjido su frente de poeta.

Su eterna pesadilla y al mismo tiempo su amado hijo es el *Album del Hogar*

¡Cuántos dolores! cuántas contrariedades! cuántas amargarás le cuesta esa publicacion!

Muchas veces en sus páginas, que no siempre pueden pasar por la inspeccion del Director, á causa de su estado, se deslizó alguna de esas plumas enconadas que hieren, suscitando rencores y querellas.

Mendez fué la víctima espiatoria, porque, hidalgo ante todo, ocupó el puesto que

esquivaba el autor de la agresion, antes que el de delator.

*El Album* no le ha producido ningun beneficio positivo, acaso ni para costear la luz de las veladas que le ha hecho pasar durante cinco años.

Apesar de todo, lo sostiene, porque le tiene cariño, porque es su hijo, el hijo que lo entretiene, que lo preocupa, que le dá dolores de cabeza; á quien se complace en ver tan crecido, por quien siente todos esos afanes que constituyen el placer mas ó menos dulce, mas ó menos amargo de la paternidad.

Hace dias visitaba al poeta, un amigo y colega, el señor Bourel, el fundador de «La Ilustracion Argentina».

Tengo un encargo, Mendez, le decia, del actual Director de *La Ilustracion*, que escriba un pensamiento aquí!

No puedo, amigo, contestó Mendez, y agregó con acento de resolucion y de cólera: ¡Ah! si yo pudiera levantarme! . . . .

Qué habia pasado?

Que un sirviente, un negro pillastre que lo cuidaba, lo habia dejado abandonado, y tras de abandonarlo en su lecho de dolor, sin tener á quien acudir ni para beber un poco de agua, se habia burlado, se habia cruelmente mofado del pobre poeta.

Y habia quedado solo y humillado por un pilluelo, cuando precisamente exigia mas cuidado y consideracion, pues ese día la afeccion que sufre al corazon se habia reagravado.

Pero despues de decir ¡no puedo! como súbitamente inspirado, tomó el papel que le presentaba el amigo y escribió con mano temblorosa la primera estrofa que publicamos como autógrafo.

La otra—¡Bendita sea! fué escrita el mismo dia, á media noche, hasta cuya hora lo acompañaba el amigo tan oportunamente llegado.

Mendez estaba entõnces mas tranquilo; los dolores al corazon habian declinado, el bribon del negro habia sido absuelto por ese corazon tan noble y tan lacerado. Hablaba de sus amores juveniles, cuyo epitafio ha grabado en esa estrofa.

Creemos que nuestros lectores, como un bello presente, recibirán esas dos estrofas:

A PEDRO BOUREL

Arranco á mi dolor el pensamiento  
Que me pides te escriba en esta página:  
Son el talento y la virtud, alfombras  
En que se limpia el lodo de la capalla!  
G. Mendez.

BENDITA SEA!

Bendita sea tu crueldad, que ha muerto  
La postrera ilusión que me quedaba;  
Ya no me harán sufrir los desengaños,  
Pues he perdido la última esperanza!  
G. Mendez.

(La Ilustracion Argentina.)

## LIROPEYA

LEYENDA ARGENTINA

### I

Liropeya es la joya mas preciosa que han producido los virjenes suelos de la América.

Su belleza no tiene rival; solo quince veces los campos se han llenado de verdura y los jardines de flores, desde que Liropeya vió por primera vez la luz del Dios de los Incas.

¿Cómo describirla? La esbeltez de su talle es comparable solo á la de la palmera; el óvalo de su rostro es dulce como el primer beso de amor; sus ojos grandes, negros y rasgados lanzan miradas ardientes, irresistibles, su boca es pequeña, carnada, voluptuosa; y su cabellera, negra como el ébano, cae en ondas sobre sus tersas espaldas.

¡Desdichado del que la vé! La llama de amor prenderá en su pecho y ese amor será su eterno desconsuelo, porque Liropeya ha jurado no unirse sino á aquel que sacrifique á su altivez cinco caciques que han ofendido á su padre.

### II

Corre el año de 1573.

La América jime bajo las garras del leon español; pero el amor á la independencia no se ha estinguido en el corazon de nuestros abuelos.

Esfuerzos aislados consiguen libertar del pesado yugo un pedazo de su inmenso suelo; pero esto dura muy poco: vuelve á sentir el leon la sed devoradora, y la presa cae nuevamente entre sus garras.

El célebre Garay, despues de haber remontado hasta un brazo del Parauá, llama-

do Quilcazas, retrocede ochenta leguas y funda la ciudad de *Santa-Fé de la Vera-Cruz*, con ochenta pobladores.

Rodéala de fuertes torres y baluartes, y con cuarenta soldados sale á empadronar los indios del distrito, con el fin de repararlos en encomiendas.

Los indios reciben á los españoles con marcadas muestras de deferencia; pero bajo el velo de la amistad, se encubre el odio que les profesan, pues ven en peligro su libertad.

### III

El mismo dia en que Garay trazaba la línea en que habia de fundar su ciudad, Liropeya salia, como otras veces, á gozar con el magnífico panorama que á su vista se estendia.

Pero ¡ay! ya no tenia atractivo para ella el sol lanzando sus últimos rayos que doraban las cumbres de las montañas y las puntas de los ciprés, el ruiseñor saludando con sus melodiosos trinos al padre de los Incas, ni el aura que en sus fujitivas alas traia el aroma de mil flores.

Su semblante estaba revestido de un tinte melancólico que realzaba mas su belleza.

Su mirada ansiosa, se dirigia á su alrededor buscando algo que no encontraba.

Repentinamente creyó oír pasos.

Dirigió su vista hácia el lugar de donde parecian venir; un relámpago de alegría brilló en sus ojos; un leve carmin sonroso sus mejillas y exclamó:

—Yandubayú!

Yandubayú se acercaba cada vez mas hasta que al fin se encontró cerca de Liropeya.

Maquinalmente se detuvo y quedó estático contemplando la belleza de la india.

Liropeya no pudo resistir la mirada ardiente de Yandubayú, é inclinó la cabeza.

—Virgen de los bosques, la dijo, ¿por qué inclinas la cabeza? deja que contemple tu rostro más bello que la luna en una noche de verano.

Yandubayú no pudiendo resistir á la atracción mágica de la india, y acercándose á ella, la dijo con un tono en que se retrataba toda la pasión de su alma:

—Flor del valle, te amo como ama la yedra al olmo á que se abraza, como ama el pajarillo á su nido.

El rostro de Liropeya tomó el color de la grana, y una espresion de celeste felicidad bañó su semblante.

—¿Me amas? dijo con una voz mas dulce que el canto del ave.

—Sí, contestó Yandubayú, con un amor mas ardiente que los rayos de nuestro padre en los dias del estío; ¿y tú?

—Yo tambien te amo, dijo la virgen, y como avergonzada de su declaración huyó del lugar en que se encontraba, rozando apenas la yerba con sus pequeños piés.

El cacique Yandubayú, delirante de amor, se lanzó en pos de la tímida gacela y consiguió cojerle una mano, que frenético llevó á sus lábios estampando en ella un ardiente beso.

Liropeya lanzó un pequeño grito, pero al ver el amor pintado en la mirada de Yandubayú, dejó su mano entre las suyas.

El amoroso cacique, acercando su rostro al de la india, la dijo:

—Ya que nos amamos mutuamente, sólo nos falta unirnos para completar nuestra felicidad. Cuándo quieres que el gran sacerdote consagre nuestra union?

† A esta pregunta inesperada, una palidez repentina cubrió el rostro de la virgen.

Inquieto Yandubayú la dijo:

—¿Porqué tu rostro ha tomado el color de la azucena? ¿caso tus padres han prometido unírte á alguien? ¡oh! si así fuera te mataria, antes que consentir en semejante union; y la voz de Yandubayú naturalmente dulce, se hizo ronca y amenazadora al pronunciar estas últimas palabras.

Liropeya, al ver la espresion de odio que habia sucedido, en el semblante de Yandubayú, á la dulce mirada del amor, respondió:

—Tranquilízate, ¿crees tú que consentiria en unirme á otro que no fuera mi Yandubayú?

El ruido de un amoroso beso cuyo eco se difundió por el bosque estremeciendo las hojas de los árboles, fué la única respuesta que el cacique dió á Liropeya.

Hubo un momento de silencio. Yandubayú fué el primero que lo rompió diciéndola:

—Y entonces ¿por qué has palidécido, tórtola del bosque?

—Ahora no puedo decírtelo; vuelve mañana á la hora en que nuestro padre se oculta á las miradas de los mortales. Adios.

Lijera como un pajarillo corrió la india en direccion de su padre.

Yandubayú la siguió con la mirada hasta que se perdió de vista, y pensativo desapareció entre las sombras de los bosques.

### IV

Apénas los primeros rayos del sol del dia siguiente vestian á las nubes con un manto

de púrpura, cuando Liropeya arrodillándose, vuelto el rostro hácia el Oriente, pronunció una corta oracion.

Luego, con paso rápido, se dirigió hácia la habitacion de su padre, el cual habiéndola visto, salió á su encuentro estampando un casto beso en su frente, en la que el ángel de la inocencia parecia haber posado sus alas.

Cayubá, el padre de Liropeya, estaba ya en el ocaso de su vida. De estatura alta, su semblante era severo, imponente, magestuoso.

La nieve de los años habia plateado ya su barba y su larga cabellera.

El natural fruncimiento de sus cejas denotaba una voluntad de hierro ante la que todo debia estrellarse, ménos los incontrastables fallos de la Providencia.

En su juventud, valiente hasta la temeridad en los campos de batalla, habia sido prudente hasta la desconfianza en el consejo.

Su generosidad que rayaba en desprendimiento le habia conquistado la simpatía de toda la tribu, y la envidia de los demás caciques. El único lazo que le ligaba á la vida era Liropeya; todos los tesoros de amor que poseia se los habia consagrado.

—¿Qué busca tan temprano la alegría de la casa? exclamó al ver á Liropeya.

—Tengo que hablarte, padre, de asuntos que interesan á nuestro porvenir; sentémonos y escucha.

—Habla.

—¿Recuerdas aquel juramento que me hiciste pronunciar no ha mucho tiempo?

—Sí, contestó con tono sombrío Cayubá, cuando juraste no unirme sinó á aquel que demostrara su valor vengándome de la injuria que me hicieron Tapalqué y sus cuatro compañeros.

—Creo que no está muy lejano el día de tu venganza, dijo sonriéndose la vírjen.

Un relámpago de alegría brilló en los ojos de Cayubá, y con una voz en que se retrataba toda la ansiedad de su alma la dijo:

—Cuéntame, ¿cómo es eso?

Entónces Liropeya narró á su padre lo que nosotros hemos relatado ya á nuestros lectores.

Cuando Liropeya hubo terminado su narracion, el rostro de Cayubá estaba radiante de alegría, la proximidad del momento de su venganza la producía.

Despues de un momento de silencio Cayubá la dijo:

—Voy á explicarte ahora la causa que me

movió á hacerte pronunciar aquel juramento; tú nunca me la has preguntado, y obedeciste mi mandato sin réplica alguna.

—No hice mas que cumplir con mi deber, contestó Liropeya.

—No hace mucho tiempo recibimos la noticia de que esos desconocidos que han venido á arrebatarnos nuestro suelo y nuestras riquezas, se dirijan hácia este lado.

Inmediatamente el gefe de la tribu nos convocó á reunion extraordinaria; á mí, como al mas anciano, me tocó la palabra, y hablé en nombre de la prudencia aconsejando que se enviase un mensajero para preguntarles cuáles eran sus intenciones al pisar nuestro suelo.

Mis palabras fueron acogidas con inequivocas muestras de asentimiento; pero otros caciques hablaron en sentido contrario.

Entre estos últimos se encontraban Tapalqué y cuatro mas que le acompañaban.

La discusion se hizo general, y bien pronto los ánimos se acalararon.

Entonces volví á tomar la palabra, y los exhorté á que no se dejasen guiar por las fogosas inspiraciones de la juventud, y que escuchasen mis consejos.

Tapalqué, que era mi mas encarnizado opositor, se sintió herido en su amor propio, y levantándose pronunció estas palabras:

«Los consejos de Cayubá, son los consejos de un cobarde».

«Sí,» contestaron en coro los cuatro que le acompañaban.

¡Oh! entonces sentí algo inesplicable; la sangre bullió en mis venas, las sienes me latieron con violencia y sólo tuve el tiempo de exclamar: «Miserables, insultais á un hombre anciano, que no tiene fuerzas suficientes para pedir os cuenta del agravio».

Lívido de cólera y con pasos trémulos me dirijí á mi tienda, y entonces te hice pronunciar aquel terrible juramento.

Hubo un momento de silencio.

—¡Oh Tapalqué! Tus palabras están grabadas en mi memoria con caracteres de fuego; pero ha llegado ya la hora de la venganza, añadió con acento terrible.

Liropeya habia escuchado con recogimiento la narracion de su padre, y en su semblante estaba pintada la indignacion que la habia causado la conducta de Tapalqué y la de sus cuatro compañeros.

Al cabo de algunos segundos, en los que se templó la indignacion que el recuerdo de ese día fatal producía en Cayubá, éste añadió cojiendo la mano á Liropeya:

—No me has dicho aún el nombre del venturoso mortal á quien amas.

—El cacique Yandubayú, contestó sencillamente la jóven.

Un rayo que hubiera caído á sus pies no hubiera producido el efecto de estas sencillas palabras.

Sus nervios se crisparon y cojiendo á Liropeya del brazo la dijo con acento ahogado:

—Yandubayú, has dicho! ¿no sabes que Yandubayú es hijo del infame cacique Tapalqué? ¡Oh! si te unieses á él te maldeciria.

La débil organizacion de Liropeya no pudo resistir este violento golpe y cayó desmayada.

¡Pobre Liropeya! apénas habia entrevisto el paraíso de la felicidad, cuando la decepcion la cerraba para siempre sus puertas!

Jamás habia amado; y cuando recién se apoderaba de ella ese dulce sentimiento que diviniza el objeto amado, veia levantarse entre ella y él, la sombra de su padre; el anciano Cayubá, agobiado por el peso de la injuria que, en mala hora, Tapalqué le dirijiera.

## V

Las horas habian pasado para Yandubayú, tanto mas lentas cuanto mas se acercaba el momento ansiado de la cita.

Por fin llegó la hora tan deseada.

Yandubayú con paso rápido se dirijió hácia el lugar designado, y apenas hubo llegado, cuando vió venir á Liropeya por el lado opuesto.

Una espresion de felicidad bañó su rostro, pero bien pronto desapareció al ver la tristeza pintada en el semblante de la vírjen.

Solícito corrió á su encuentro y acercándose la dijo:

—Al fin has llegado, pero ¿porqué estás tan triste?

—Ven, sentémonos á la sombra de aquel ombú, tengo que contarte cosas terribles.

Despues que se hubieron sentado, Liropeya narró á Yandubayú la escena que habia tenido lugar entre ella y su padre.

Durante la narracion de la vírjen, Yandubayú habia visto desaparecer, una á una, todas sus ilusiones.

El paraíso de felicidad que soñára al lado de Liropeya, habia desaparecido como por encanto.

Sentia heridas las fibras mas delicadas

de su corazón; y cuando Liropeya dejó de hablar, exclamó desesperado:

—¡Maldición!

Pero al cacique le quedaba algún resto de duda, y no podía, no quería creer que tan pronto se le hubiesen disipado los sueños que su imaginación acariciara.

—Y no hay ninguna esperanza? exclamó.

—Ninguna, contestó la india sollozando; pero aún nos queda un consuelo, añadió bañando al cacique con una mirada de amor, que brillando al través de sus lágrimas, le hizo estremecer: séme tú fiel, que yo conservaré puro el sagrado santuario que en mi corazón te he levantado.

—Adios.

Liropeya y Yandubayú se separaron con la desesperación en el alma y el llanto en los ojos.

## VI

Pasó un año.

Durante él, los dos amantes sufrieron cuanto se puede sufrir.

Los obstáculos opuestos á su unión, no habían hecho más que aumentar su amor, si aumento podía caber en el que ya se profesaban.

El uno no concebía la vida sin el otro.

Yandubayú, cuyo único deseo era la muerte, desesperado, se había arrojado en medio de los enemigos en los combates que contra los indios los españoles sostenían; pero todo había sido en vano; parecía que algún talisman invisible le preservaba de la muerte.

Liropeya, semejante á la flor falta de riego, había ido marchitándose; pero la tristeza indefinible que bañaba su rostro, daba más realce á su belleza.

Un día el jefe de la tribu, el cacique Terú, cansado ya de las violencias que sobre los indios cometían los españoles, reunió un numeroso ejército y se presentó ante las puertas de Santa Fé con el fin de expulsarlos.

Garay, el que había fundado la ciudad, reunió á sus soldados y les dirigió una breve exhortación que retempló el valor de aquellos aventureros, acostumbrados á la victoria.

Salió al encuentro de Terú y trabóse un desigual combate; pues que cada español luchaba contra cinco ó seis indios.

Entre las fuerzas del cacique Terú se encontraba Yandubayú.—La mirada chispeante, trémulo de coraje, se lanzó á la cabeza de su pequeña hueste arrollando todo cuanto á su paso se oponía.—Con la

cabellera ondeando, parecía el jénio de la guerra, animando á los indios en medio del combate.

Auxiliado por Terú arrolló al ejército español, y ya la balanza se inclinaba á favor de los indios, cuando repentinamente se divisó á lo lejos una nube de polvo. A medida que se iba acercando, se veía el brillo de los fusiles: eran soldados que la ciudad enviaba en ayuda de Garay. Este recorrió la línea de su pequeño ejército animando á sus soldados á la pelea; los aventureros recobraron el perdido valor á la vista del inesperado auxilio, y dieron una terrible carga al enemigo consiguiendo ponerle en fuga.

En vano Terú corrió en pos de los fugitivos, nada consiguió; pero aun todo no estaba concluido. Yandubayú acudió en auxilio de Terú, pero bien pronto se vió rodeado por todas partes de bayonetas.

Dirigió una mirada á su alrededor y comprendiendo la imposibilidad de la victoria, tomó la resolución de retirarse.

Por medio de una brillante carga rompió el círculo erizado que le rodeaba, y se retiró á paso lento.

Los españoles admirados de tanto heroísmo no los persiguieron.

Así terminó este memorable combate en el que Terú quiso hacer el último esfuerzo de su poder para arrojar á los españoles.

## VII

Era una tarde del estío.

El bosque inmediato á la casa de Liropeya, convidaba al viajero á reposarse con la grata sombra de los corpulentos ombúes y de las elegantes palmeras.

Yandubayú se paseaba por una calle de naranjos, pensando como siempre en Liropeya:—el sueño de un día.

Repentinamente creyó oír pasos.

Dióse vuelta y no viendo á nadie siguió absorto en sus meditaciones.

Dejemos un momento á Yandubayú.

Caminando por entre un bosque en dirección al cacique, iba un hombre vestido con el traje de soldado español.

En su mano derecha llevaba una lanza cuyo palo era de roble, y de su cintura pendía una larga espada.

Valiente y arrojado, no había temido salir fuera de la ciudad, esponiéndose á caer en manos de los indios, y perecer por consiguiente, víctima de su arrojo.

Era Carballo un hombre de mediana estatura; las facciones de su rostro bastante

pronunciadas, estaban rodeadas por una barba negra.

Mirándole de frente se encontraba algo de particular en él, sus ojos pequeños y móviles lanzaban una mirada lúgubre, sinistra; la parte posterior de su cabeza eminentemente desarrollada revelaba el predominio de los instintos.

Se conocía á primera vista que nada le detendría, ni aún el crimen, cuando tratase de satisfacer sus pasiones.

Era uno de los soldados con que Garay había combatido contra Terú, y como todos, había admirado el heroísmo de Yandubayú y de su pequeña hueste. Al salir de la ciudad le había visto, y consideraba que la Providencia le deparaba al cacique para que le llevara prisionero.

Yandubayú, siempre meditabundo, seguía su paseo, cuando de nuevo sintió el mismo ruido, pero esta vez mucho más cerca.

Esperimentaba una vaga inquietud por que se encontraba sin armas; pero sereno como siempre esperó el peligro; entonces como á diez varas de distancia vió aparecer por entre los árboles á Carballo que con voz firme é imperiosa le intimó se rindiera.

Yandubayú contestó:

—Un cacique indio nunca se rinde.

—Pues si no te rindes de grado te rendirás por fuerza, y lanza en ristre le acometió; ligero como el gamo Yandubayú esquivó el golpe, corriendo hácia Carballo consiguió cojerle el brazo, y apretándose con fuerza hercúlea hacerle soltar la lanza.

Entonces con un vigoroso esfuerzo le hizo caer al suelo diciéndole estas palabras con un marcado desprecio:

—No conoces la nobleza del alma, pues atacas á un hombre cuando le ves desarmado. . . ahora tengo tu vida entre mis manos; pero quiero mostrarte que no soy vengativo y que los caciques indios son más nobles que tú y toda tu raza.

Carballo lanzó un rujido de rabia y procuró incorporarse; pero la mano férrea de Yandubayú se lo impedía.

Liropeya que estaba en su tienda, había creído oír la voz de Yandubayú, y obedeciendo á una fuerza irresistible se encaminó á él.

Al ver la lucha entre Yandubayú y Carballo, pálida y temblorosa se dirigió al cacique diciéndole:

—¿Por qué tienes á ese hombre así? suéltale, Yandubayú.

Yandubayú no pudiendo resistir á los

ruegos de su amada, soltó á Carballo diciéndole:

—Te dejo porque ella me lo pide; y luego dirigiéndose á ella la dijo:

—¿Y cómo te habia de negar nada á tí, que eres mi único deseo, mi única aspiración?

Liropeya por toda respuesta dirigió al cacique una mirada amorosa.

Carballo que habia sido mudo espectador de esta escena, vió á la india; su rara belleza produjo en el soldado un efecto funesto.

La inocencia marcada en el rostro de la vírgen, luego sus esbeltas formas, todo contribuyó á trastornar su razon.

Pero lo que sentia Carballo no era un amor grande, inmenso como el de Yandubayú; habia en él algo, ó mas bien dicho, mucho de mundano; se habia enamorado, no del alma de Liropeya, sinó de su cuerpo.

Odiaba instintivamente á Yandubayú, porque le habia humillado; y la consideracion de que ella amaba al cacique, introdujo en su corazon el venenoso aguijon de los celos.

Rápido como una exhalacion, se apodera de la lanza, corre hácia Yandubayú y le atraviesa de parte á parte; cae Yandubayú bañado en su propia sangre, y conociendo que no le restan sinó unos momentos de vida, llama á Liropeya y la dice:

—Voy á morir, acuérdate del pobre Yandubayú.

Quiso oger la mano de la india, pero las fuerzas le faltaron y luego... exhaló el último suspiro.

Liropeya no pudiendo resistir tan violento golpe cayó desmayada.

Solicito Carballo corrió á una fuente vecina, y recogiendo un poco de agua en la palma de la manó, roció con ella el rostro de Liropeya.

La india, pasados algunos segundos volvió en sí, y dirigiendo una mirada descajada á su alrededor, preguntó:

—¿Dónde estoy?

—Aquí, á mi lado, al lado de quien te ama mas que á su vida, y que ha matado á aquel que me queria robar tu amor.

La india dirigió su vista á aquel que le hablaba en tono amoroso, y vió á Carballo que la bañaba con una mirada ardiente.

Entónces, recien entónces tuvo la conciencia de su situacion, y recordando con horror lo que habia pasado, vió el cadáver de Yandubayú y lanzó un grito de angustia.

Reflexionando que habia muerto va novel

que habia sido el dorado sueño de su vida, tomó una resolucion desesperada.

Carballo seguia dirijiéndole palabras de amor. Liropeya que no comprendia este lenguaje, sino en boca de Yandubayú, le dijo con un tono lúgubre:

—Cava una tumba para enterrar su cuerpo.

Contento Carballo se descinó la espada que colgaba de su cintura, y comenzó á cavar una fosa con su lanza.

Hemos dicho que Liropeya habia tomado una resolucion desesperada.

Herida en su primer amor apenas le sentia; sólo habia podido sostenerla la consideracion de que Yandubayú existia; muerto éste, ya nada la sujetaba; los lazos que la unian á la vida estaban rotos. ¡La presencia del cadáver de su amante habia borrado hasta el recuerdo de su padre!

Rápida como el pensamiento, se apoderó de la espada, que en mala hora Carballo se descinera, y dirijiéndose á éste, le dijo en tono desesperado:

—Todavía te falta otra víctima, aquí la tienes, abre esa sepultura para dos que nacieron para vivir juntos.

Carballo corrió hácia ella; pero ¡ay! ya no era tiempo: Liropeya se habia atravesado el pecho con la espada.

Este sintió la voz terrible de la conciencia que le acusaba de la muerte de aquellos dos amantes, y movido por un sentimiento de piedad, colocó los dos cadáveres en una misma fosa.

Así se unieron en la muerte los que no habian podido unirse en vida.

## VIII.

Cuentan las crónicas que Carballo creia ver siempre las sombras ensangrentadas de Yandubayú el valiente y Liropeya la bella.

MATIAS BEHET.

## EL CREPÚSCULO EN LA PRESA

Silencio, soledad, melancolía  
Reinan do quiet: tan sólo la campana,  
La oracion dando en la ciudad lejana,  
Anuncia de la tarde la agonía.

Se estienden en redor fajas de montes  
Que se van elevando allá á lo lejos,  
Y del dia espirante á los reflejos  
Limitan los distantes horizontes.

Rústicas chozas en su falda huméan,  
Y sube el humo en blancos espirales

Y á través de sus ondas desiguales  
Los fuegos de la luz entreclaréan.

Abajo el ancha Presa está tendida  
Y el azul de los cielos reproduce,  
Inmensa concha que se ostenta y luce  
En su marco de peñas embutida.

Con nubes que le cercan sonrosadas  
Parte su última luz el sol poniente,  
Cual padre que al morir, lánguidamente  
Entre sus hijas parte sus miradas.

La luna, en tanto, tras la opuesta loma  
Melancólica y dulce vá saliendo,  
Como cuando el placer se vá escondiendo,  
Por lado opuesto la esperanza asoma.

Y de la Presa en el espejo blando,  
Sus rayos luna y sol al par retratan,  
Y en el agua se mezclan y dilatan,  
Su reflejo en cada ola transformando.

De mil luceros el zenit se puebla,  
Chispas de plata sobre azul alfombra:  
Ya el sol se vé de ocaso entre la sombra,  
De polvo de oro como leve niebla.

Vencedora la luna al contemplarse,  
Tendiendo en el paisaje su mirada,  
Hermosa, negligente y descuidada,  
Del lago en el cristal viene á mirarse.

Las luciérnugas pasan á millares,  
Como estrellas errantes y viajeras,  
Y se esparcen en notas pasajeras  
De la noche los ruidos familiares.

El céfiro nocturno, suspirando,  
Forma en el agua músicos acordes,  
Y las pequeñas olas en los bordes  
Se vienen á estrellar de cuando en cuando.

¡Qué muelle laxitud! ¡qué dulce calma!  
A fuerza de quedar muda y tranquila,  
Lánguida la existencia se aniquila  
En una sensacion toda del alma.

¡Qué plácido es estar pensando á solas,  
De noche, en este sitio retirado,  
Y, viviendo en recuerdos del pasado,  
Llorar y suspirar con estas olas!

¡Qué triste y bella está naturaleza  
Con esa agua, esa luna, ese vacío!...  
La tristeza que reina en torno mío  
Se armoniza muy bien con mi tristeza.

¡Albergue melancólico, tú existes  
De los amantes para eden dichoso!  
Que siempre, por instinto misterioso,  
Vá buscando el amor los sitios tristes.

Para grabar en tí nombres y fechas,  
Tienen peñascos árboles y losas

Y románticas grutas silenciosas,  
Para el amor por los amores hechas.

Tienes flores de senos reservados,  
Para dejar entre sus hojas presos  
Hondos suspiros y secretos besos  
Por el amor tan sólo adivinados.

Mas fiera á mí me condeó la suerte  
A vagar sin amor y sin ventura,  
Y el ósculo primero de ternura  
Me lo darán los labios de la muerte.

Y si la fecha de mis dias bellos  
En tus troncos dejar quiero grabada,  
Suspira y gime el alma contristada:  
¡Ay! yo no tengo qué grabar en ellos.

Y por eso tan sólo yo querria  
Morir aquí por única fortuna,  
Y que la luz querida de esa luna  
Fuera la aurora de mi eterno dia.

JUAN VALLE.

### EL CLOWN

John solia encontrar por las mañanas á la condesa Citta Golia en la villa, donde acostumbraba ir á recrearse durante un par de horas, antes de dirigirse al circo en que ensayaba los ejercicios y las bufonías, con que por la noche se hacia aplaudir; pero casi no se habia apercibido de la presencia de la condesa; tal era la tristeza que en aquellas largas alamedas sombrías y silenciosas, solia apoderarse de él, cuando, pensando en la triste mision que le cabia sobre la tierra, sin el atractivo del amor y de la amistad, se consideraba el último y el mas desgraciado de los hombres.

Y sin embargo, aquel hombre, en la noche, provocaba la risa cuando se presentaba ceñido con su malla color de rosa con dibujos extravagantes, que representaban cabezas de gato, letras del alfabeto, cartas de baraja, tijeras, una horca con un ahorcado precisamente en el centro de la espalda, y flores, sombreros de clérigo, calaveras, murciélagos y una batería completa de cocina.

Llevaba entonces una peluca rubia con tres bucles. Se formaba inmensas concavidades en los ojos con tiznes de carbón, de modo que no se sabia si el globo del ojo con la pupila azul giraba en la órbita natural ó en la que aparentemente presentaba. Sus miradas causaban una incesante hilaridad.

John sabia hacer de todo un poco; era el alma de la Compañía Georgiana, á la que prestaba el contingente no sólo de su des-

treza como arrojado gimnasta, sinó como hombre espiritual.

Indudablemente, no habia nacido para aquel oficio; pero, hijo de funámbula, no pudo, como fué su dèseo desde pequeño, establecerse en un punto é ir á la escuela, primeramente por la vida errante de la madre, y despues, porque cuando habria podido hacerlo, eratarde, y ya se habia resignado á pintarse la cara, y á adiestrarse en el innoble oficio de hacer reir al prójimo.

Y sabia caminar por un alambre, bailar con zancos, precipitarse desde una altura en una gran red, tocar en una cacerola, en platos, en vasos; correr en un velocípedo de una rueda por entre un centenar de botellas, y en estos ejercicios su imaginacion se exaltaba y se le ocurrían mil chistes originales, llenos de ingenio, capaces de hacer reir á un misántropo.

En el ejercicio que John era incomparable, era en el juego de los puñales; lo ví jugar hasta con ocho. En los ensayos se ejercitaba y adquiria destreza para aumentar el número de cuchillos.

Y aquel pobre jóven, fuera del Circo, no refa nunca, y se puseaba con un cigarro en la boca, las manos en los bolsillos del pantalón, y casi siempre solo y pensativo.

Bajó la malla del payaso, bajo la peluca del loco, se encerraba un espíritu enfermo, pero hacia mucho tiempo ya que no lo preocupaba su mal al pobre John.

Una noche lanzaba al aire seis puñales afilados, haciéndolos girar muy cerca de la cara y del pecho, pero, no habiendo tomado uno por el mango de acero con bastante rapidez, se hizo una gran herida en la muñeca, y una hermosa señora, que asistia al espectáculo, desde un asiento de primera fila, al ver que la sangre corria por la mano del pobre clown y habia manchado los puñales, fué la primera en gritar —Basta!—John volvió la cabeza. Al ver aquella cara de mujer, cubierta de mortal palidez, se sonrió, y encojiéndose de hombros, sin oír siquiera las voces de los que gritaban *basta!* volvió á empezar el ejercicio, lanzando los puñales á mayor altura que antes, siendo en seguida llamado repetidas veces á la arena, en medio de los aplausos que cada vez eran mas calorosos.

La condesa Golia, en aquella noche, rompió un par de guantes aplaudiendo.

John, mientras tanto, se vendaba la mano con un pañuelo, presentándose luego en la arena, donde se lució en otro ejercicio, disparando seis revólvers y lanzándolos al aire.

De vuelta á su casa, contemplando su herida y pensando en los aplausos de aquella noche, vino á su imaginacion el recuerdo de aquella señora que se habia puesto tan pálida, cuando él se habia herido.

Aquella fisonomia no era nueva para él, pero no se acordaba bien dónde y cuándo la habia conocido, y se decia á sí mismo:

—No hay mal que por bien no venga; descansaré unos dias; prolongaré mis paseos matinales, pues no estoy obligado á presentarme á las once y media á los ensayos.

El recuerdo del sitio de sus paseos, le trajo naturalmente á la memoria el haber visto, sin poner mayor atencion, aquella misma señora.

Todo esto iba pensando el clown distraídamente, como cuando se piensa en cosas de poca importancia. Pensaba, porque el cerebro de aquel pobre jóven no descansaba jamás; y por consecuencia, al dia siguiente, al ver á la condesa, la miró detenidamente.

La condesa giraba incesantemente cerca de los rosales que se estendian al rededor de una gran verja, é iba con aire distraido arrancando las rosas que hallaba al alcance de su mano.

Era la condesa una linda mujer. Aún cuando lo dijeran sus mejores amigas, ella no habia pasado de los treinta años. Durante el tiempo que permaneció casada, respetó todas las exigencias del mundo; despues, cuando viuda, sola, vivió como en otro tiempo habia sido su sueño.

Era alta, blanca, y su belleza no consistia en la perfeccion de las líneas del rostro, sinó en su porte, en su conjunto. El color de su hermosa cabellera ofrecia raros cambiantes. No podia decirse si en su tinte predominaba el rubio ó el castaño.

En una palabra, su belleza era discutida; unos la aceptaban y otros no. Yo ya he dado mi opinion.

No perdamos el tiempo buscando una alma en medio de aquel conjunto de seda, de encajes, de plumas y de la exuberante naturaleza de aquella mujer; podria encontrarse en ella caprichos, deseos refinados tal vez, pero una alma nó; porque no debe confundirse el malestar que experimentaba en cierto dias con la melancolía, ni ciertos caprichos repentinos con arranques del corazon.

Me parece escusado decir que era vanidosa, habiendo ya dicho que era mujer. Si hubiese tenido menos melindres, habria interesado ménos; si se hubiera unstrado ménos aristocrática, pocos se habrían preocupado de aquella mujer que comunicaba

á todo, aún á su envoltura régia, el prestigio de su persona.

La imaginacion del pobre John se sintió dominada por aquella belleza, y no pasó un día sin contemplar aquella mujer, de cuyo nombre y de cuyo pasado se informó.

Pero la amaba á la distancia.

La condesa Golia, la que todas las mañanas, por razones de salud, iba primeramente á la orilla del mar, á respirar el aire salino, y despues entraba en la villa, se preocupó de John, como se hubiera preocupado cualquier otra mujer; con tanto amor la seguian las miradas de aquel.

Poco á poco ella tambien se halló dominada por la imájen de John que era un hermoso rubio; y por la noche, al ir á dormir, veia girar en torno suyo la imájen de aquel hombre, que la seguia en sueños, la acompañaba al paseo y no la abandonaba sino cuando la realidad ocupaba su lugar.

Una noche, durante el tiempo que estaba herido, vió éste á la condesa en el circo, en el asiento que ella acostumbraba ocupar, y se sentó á su lado, encontrando modo de dirigirle la palabra, como lo encuentra todo hombre en análogas circunstancias valiéndose de esas pequeñas atenciones—como levantarle el pañuelo, pasarle el programa del espectáculo, etc.—que forzosamente se presentan en el espacio de tres horas.

Al día siguiente, en la villa, la saludó, se detuvo un momento y desapareció.

Dos semanas despues, la condesa Golia recibia de John ó sea de Edgard Wört, que era su verdadero nombre, una declaración de amor, que no desechó del todo, ni tampoco aceptó, queriendo ganar tiempo antes de halagar con promesas de amor á un hombre á quien creia no conocer ni de vista y cuyo origen ignoraba.

John la amaba locamente, y no sabia qué habria sido de aquel amor si la condesa hubiese podido descubrir su origen.

Una noche, era día de fiesta, la condesa se habia anticipado y habia entrado al Circo algunos minutos antes de empezado el espectáculo. Miraba de un lado al otro, cuando oia el ruido de la puerta de un palco que se abria; en seguida dirigió su mirada entre telones. El Circo estaba casi á oscuras. Lanzada aquella mirada, asestó su anteojo, y reconoció en John, vestido de clown, al señor Edgard Wört.

John no estaba todavía pintado y miraba hácia la platea oscura. Un momento despues sonó la campanilla; repentinamente la luz de gas iluminó todo el Circo, y John, cuyos

que ocupaba la condesa, vió que era observado y descubierto, y desapareció. La condesa se mordió los labios, empalideció y en su orgullo de mujer, se sintió humillada al pensar que podria permanecer allí para aceptar el brazo de un clown. Ni al día siguiente, ni durante los que se sucedieron se dejó ver.

El amor habia invadido por completo el corazon de John. Era imposible arrancárselo sin una lucha cruel.

Una mañana la encontró en el paseo: iba en un elegante carruaje de campo, con un gran paraguas de seda cruda con fleco y dibujos azules.

John, al saludarla, palideció, y ella, mirándolo de arriba abajo, no contestó al saludo.

Despues de haberlo humillado de este modo, pensó que todavía podria humillarlo más volviendo á verlo en el Circo aquella misma noche.

Era la última funcion, á beneficio del clown.

En los carteles se anunciaban todas las extravagancias que él debia hacer, y el público se apresuró acudir al Circo en mayor número.

John llevaba casi siempre un ramito de flores en el pecho. Aquella tarde habia tenido una idea extraña. En vez de comprar las flores á la florista, se habia dirigido al cementerio. La tarde era fresca, y el césped creciendo en la fértil tierra, tenia un verde mas puro, las flores eran mas bellas, manteniéndose erguidas en sus tallos. John hizo un ramito de margaritas, lilas y lirios silvestres.

¿Porqué no compró las flores á la florista?

¿Encerraba aquello un misterio?

Lo que espermentaría John al presentarse al público y encontrar en el asiento de costumbre en la primera fila, á la condesa, es fácil imaginárselo.

El circo estaba completamente lleno, pero en aquella noche, cada vez que John se presentaba en la arena, no decia ni hacia ninguna de aquellas bufonadas que provocaban la risa del público; estaba distraído y como atontado; no conseguia desprecuoparse.

Por último, cerca de las once, salió á la arena por tercera vez. Nadie lo aplaudió. Traia en sus manos seis puñales; la orquesta dió principio á una polka, John alzó al aire, primero un puñal, despues otro y en seguida los demás.

los mangos y las hojas de acero brillaban, despidiendo incesantes reflejos, cuando John avanzó sin interrumpir sus ejercicios, hácia aquella parte de las gradas donde están los asientos de primera clase; allí se detuvo, y lanzando á gran altura un puñal, dejó caer en tierra los otros cinco. Mientras el primer puñal descendia, con la rapidez de un relámpago, envió con la mano un beso á la condesa, que lo miraba, y arqueando ligeramente su cuerpo hácia atrás, vino el puñal á clavarse poco más abajo de la garganta. John tuvo todavía tiempo, antes de caer desplomado, de arrancarse el puñal de la herida, y arrojarlo á los piés de la condesa junto con el ramo que en la tarde habia formado en el cementerio.

G. RAGUSA MOLEBI.

## MODAS

Paris, Diciembre 15 de 1883.

*Traje para baile.*—La falda fruncida es de surá tornasolado y adornada con dos volantes de encaje fruncido; el volante de abajo muy ancho y muy rico. La cola de brocado con ramado á grandes flores esparcidas sobre el fondo, está apañado de manera que deje libre todo el costado de las caderas y los pliegues sugetos con una guirnalda larga de rosas con hojas y botones. El corpiño, largo del talle y abierto por detrás, es de brocado; el delantero combinado como la falda se guarnece con un volante de encaje fruncido, mas largo en el medio de delante y formado punta con una guirnalda de rosas al costado; sobre el hombro izquierdo y á partir del escote, se coloca otra guirnalda de rosas; la manga corta y ahuecada, de brocado, se ribetea con una puntilla estrecha; adorno de rosas sobre los cabellos y zapatos con lazos de cinta surtida al color del traje.

*Traje elegante para jovencita.*—La falda casi plana, está adornada de distancia en distancia con quillas bordadas de terciopelo estrecho; el delantero de la túnica, apañado en forma de acanastillado, está sujeto al corpiño y se termina por detrás sobre la túnica en forma de abrigo; por delante está plegado á pliegues atablillados, los que se ocultan por el apañado en forma de canastillo que cae sobre la túnica.

Esta parte del vestido, de terciopelo rayado, es muy nueva y muy elegante. Mangas largas y ajustadas, adornadas con un pliegue en forma de abanico, de terciopelo rayado con botones de raso plegado como la

Esta cola está cortada de manera que pueda envolver el cuerpo por debajo del talle y se sujeta sobre la falda con un pájaro puesto de lado sobre el fondo de raso. El corpiño escotado en redondo por delante y con mangas cortas y bullonadas, está adornado en el escote y cuello con doble hilera de encaje, el cual sube por detrás en forma de cuello ovalado; los faldones, redondos por detrás, se terminan por delante en punta con una lazada de cinta del mismo color que el raso de la falda. Un peine y pasadores de conchas sujetan el peinado.

Cuello oficial y cinturón abrochándose con una hebilla artística. El sombrero, de fieltro gris surtido, recogido de alas, está guarnecido con alas de pájaro.

*Traje para visitas*—La falda, plegada por delante, es lisa por delante y cortada en los bajos en forma de abanico. La túnica se cose como una falda recta y fruncida, concluyéndose por delante con una solapa de terciopelo estrecha; se apaña después de los dos costados con pliegues en abundancia, muy juntos tal cual lo indica nuestro modelo. Corpiño muy largo con solapas de terciopelo abierto sobre una pechera bullonada, abrochándose con una hebilla grande de metal y una cinta de terciopelo. Mangas adornadas en los bajos del bullonado con unos puños de terciopelo. Capota ribeteada con pliegues de terciopelo y largas plumas sujetas con un lazo de terciopelo y una hebilla de metal.

*Traje para el interior*—Vestido que sienta muy bien, y que favorece los talles algo fuertes de cadera: es de lana; la falda muy ancha, á gruesos pliegues, está medio cubierta por un delantal estilo de túnica, no muy ancho, muy recogido de atrás, sobre el puf voluminoso en forma de abanico. El corpiño ajustado con el cuello montante acampanado y las mangas con vueltas anchas, continuándose por delante el corpiño en forma de faldón que se abotona hasta muy abajo. El corpiño se puede confeccionar con terciopelo también como con el género del vestido; servirá para media estación una especie de abrigo que podrá llevarse con diferentes faldas.

*Vestido con blusa parisienne para jovencita*.—La blusa de este gracioso modelo es de lana lisa, bullonada de arriba abajo y terminándose por un volante de 12 cent. de ancho.

La blusa parisienne, de paño, adornada de los dos costados de delante con pliegues cosidos que continúan hasta los bajos de la falda; el corpiño fruncido se monta sobre el

hombro, sobre el que cae un cuello que cubre las costuras del fruncido y luego el cuello se abrocha con un broche de plata vieja cincelada; el cinturón es de cinta surtida y se cose por detrás en los pliegues de la espalda.

Los cabellos tirados hácia atrás, están enlazados y sujetos por los de los costados, los cuales se atan con una cinta á fin de que caigan todos juntos y por igual.

*Traje para convite de mesa*—La falda, de lana lisa, plegada á pliegues lisos, está adornada de distancia en distancia con quillas de terciopelo labrado unidas también de trecho en trecho con tiras de terciopelo que se colocan transversalmente sujetas con un corchete. La túnica corta por delante forma un puf ancho ahuecado que está sujeto á la cola, de lana lisa, apañada á pliegues. El corpiño es recto por detrás y concluye en punta por delante; está adornado con una pechera bullonada y fruncida en el cuello y el talle; la manga, medio larga, está adornada con un bullonado, el cual oculta el puño de los guantes muy largos, y el cuello está adornado con una gola de puntilla.

*Traje para convite de mesa ó baile, de dos géneros diferentes*.—La falda plegada y la túnica cruzada, ribeteadas con un volante, son de raso. La cola, de terciopelo con el mismo fondo que el raso pero con dibujos de diferentes colores, está cortada sobre 2 m. 50 cent. de largo, redonda, apañada en el fondo, sujeta por algunos puntos invisibles y rodeada de dos volantes.

*Traje de paseo, de paño y tejido escocés*.—La falda se termina con un volantito plegado; es bullonada y guarnecida con un volante fruncido, ribeteado con un sesgo y sujeto con otro sesgo. La túnica, apañada en delantal por delante, se concluye por detrás formando puf. El corpiño, con pechera y cuello alto, se hace con solapas; las mangas rectas con unos bullonados fruncidos.

*Traje para visita*.—Falda plegada con quillas de entredos bordado al bastidor, de lana ó seda de color. La túnica en forma de delantal, con aplicaciones de terciopelo, se apaña por detrás formando puf, y el corpiño liso se confecciona con solapas y pechera, de lana labrada; capota de terciopelo.

BALBINA V. M.

### CRÓNICA DE LA SEMANA

EN LA TUMBA DE UN HÉROE  
La prensa de ambas orillas del Plata ha dado á luz, acompañado de merecidos elogios, el notable discurso pronunciado por

nuestro amigo el señor Rafael Hernandez ante la tumba de Leandro Gomez, el héroe legendario de Paysandú, á cuyo lado combatió aquel gloriosamente.

Esa pieza, que no trascribimos por ser ya conocida del público, es una página digna de las hazañas inmortales que rememora, así por el espíritu patriótico que la anima, como por la elevación de sus ideas y la galanura de su estilo.

#### NUESTRO REDACTOR

Por tener que atender urgentes y múltiples tareas, deja por breve tiempo el Señor Muñoz y Perez la redaccion de EL ALBUM DEL HOGAR.

Deseándole felices resultados en sus estudios, causa por que abandona la redaccion de este periódico, hacemos votos por que podamos contar pronto con el concurso de su vigorosa inteligencia.

#### A NUESTRAS LECTORAS

En el importante diario de esta capital, *La Prensa*, encontramos el siguiente aviso de un señor que desea *enlazarse* (no dice como) *con hija de buena familia*; cuya lectura recomendamos á nuestras lectoras:

«Un mozo contador y tenedor de libros, conociendo los idiomas francés, italiano y español, empleado telegrafista en esta ciudad, quisiera enlazarse con hija de buena familia. Dirigirse por escrito á esta imprenta, bajo las iniciales H. W. K.—Ojo al Cristo!

#### PARIS CHARMANT

Hemos recibido el número 24 del año 3º del periódico de modas titulado «Paris-Charmant Artístico»

Es una importante publicacion, de gran utilidad para las familias, reuniendo á esto la modicidad en el precio de la suscripcion.

#### LITIGIO ALCOHÓLICO

Ante uno de los Juzgados de 1ª Instancia de la Capital, se sigue un litigio sobre reivindicacion de una propiedad.

Nada de particular tiene esto. Es un asunto judicial como cualquier otro; no es el valor de lo que se litiga, ni es el punto de derecho el que se trata. Lo que llama la atencion son los nombres de las personas que intervienen en este pleito. Tienen todos un pronunciado sabor á uva.

El demandante es un señor *Vinas*.

El demandado un señor *Oporto*.

Uno de los testigos, un señor *Jerez*

Y el abogado del primero el Dr. Sarmiento. Qué magnífico cuarteto!

EL ALBUM DEL HOGAR lleva hoy los siguientes materiales:

El poeta Mendez en su hogar—Liropeya, por Matias Behety.—El crepúsculo en la presa, (poesía) por Juan Valle.—El clown, por G. Ragusa Monebi—Modas, por Balbina V. M.—Crónica de la semana.

# EL ALBUM DEL HOGAR

DIRECTOR--G. MENDEZ

APARECE LOS DOMINGOS

REDACTOR: C. MUÑOZ Y PEREZ

ADMINISTRACION: URU CUAY 592

## EL ALBUM DEL HOGAR

BUENOS AIRES, ENERO 28 DE 1884

### HOJAS DE MI CARTERA

Mírame por piedad! . . . Le tengo miedo  
A la espantosa lobregez de mi alma  
Cuando entornas los ojos  
Para ocultarme el sol de tu mirada.

La oscura noche de la duda tiende  
Sobre mi frente sus sombrías álas. . . .  
Dame siquiera un rayo  
De ese sol, que es la luz de mi esperanza!  
G. MENDEZ.

### EL DIA DE DIFUNTOS

Veinte años antes brillaba todavía por su figura, por su talento, por su discrecion; todo el mundo le conocia, era el encanto de las mujeres, el terror de los maridos, el modelo que buscaban los jóvenes calaveras. Tenia amigos numerosos, entrada libre en los círculos; no habia reunión amena ni agradable gira campestre si no estaba él. Era poeta, y sus versos, aunque fuesen vulgares é incorrectos, se admiraban y aplaudian. Habia nacido con buena estrella, nadie era mas feliz que él, pero . . . D. Juan no debe llegar á viejo, D. Juan debe morir joven, ó en un desafio ó en una emboscada.

D. Felipe de Mendoza habia cumplido los sesenta años, y en vano evocaba el espíritu del mal que le rejuveneciese como Mefistófeles á Fausto; hacia algunos meses que habia dejado de teñirse el pelo y la barba, convencido de que las mujeres no podian amarle ya, ni temerle los maridos.

Era pobre; su capital, herencia de sus honrados padres, habia sido derrochado en numerosas aventuras y vivia en una miserable habitacion sin mas criados que un sirviente mas viejo que él, hombre bueno y desinteresado. Don Felipe no le pagaba ja-

más su salario, pero sí correspondia á su sincero afecto.

Ya no vestia Mendoza con su proverbial elegancia, y el dia en que le encontramos, una tarde fria y lluviosa de noviembre, llevaba sobre el raído traje una capa oscura, que contaba ya varios inviernos, y en la cabeza un sombrero negro de anchas alas que ocultaba su frente surcada de arrugas.

Por la primera vez de su vida se dirigia hácia un cementerio, y habia elegido para aquella extraña visita el dia de difuntos.

El campo santo, en el que se veian muchísimas personas, no presentaba esta tarde el aspecto triste y severo de otras veces. Multitud de luces y coronas adornaban tumbas y mausoleos, recuerdos que á los muertos dedicaban padres, esposos ó hijos.

Mendoza se inclinó ante el sepulcro de sus antepasados, y vió, con emocion los unos, con indiferencia los otros, aquellos que encerraban las cenizas de las mujeres amadas ó de los amigos vendidos ó ultrajados. Llegó al último patio, el mas pobre de todos; en él los arbustos eran mas escasos, las luces mas débiles, la concurrencia menos numerosa. Estaba cansado y se sentó en un escalon de piedra. Allí meditó un instante, y sus ojos se fijaron maquinalmente en una losa pequeña, rota y empolvada, que cubria una modesta sepultura. Se levantó, leyó las letras y los números, que apenas pudo descifrar, se sentó de nuevo, sacó su cartera y en una de sus hojas trazó con lápiz los siguientes versos, sin cuidarse de si alguien le observaba, ni de si se acercaba la noche, ni darse cuenta exacta de lo que hacia:

«¡Qué sola estás, qué triste, qué olvidada! hoy, que de los difuntos es la fiesta, que fosas, panteones, mausoleos, de amor ó vanidad galas ostentan; todos tienen coronas, todos tienen lámparas encendidas, y de ellas ni una adorna tu blanca sepultura, ni una su viva claridad te presta. Apenas se distinguen de tu nombre las ya confusas ó borradas letras, mas sé que eras mujer, casi una niña, segun indican las grabadas fechas.

¿No sentiste? ¿no amaste? ¿Entre los hombres [bres

dejaste tan furtiva y leve huella que de tu triste paso por el mundo ni una sola persona ya se acuerda? ¿O es quizá que los seres que te amaron tu muerte lloran en lejanas tierras y en tu humilde y sombría sepultura sin encontrar consuelo, acaso piensan? Diles si fuera así, si algunas veces á mitigar tus males te presentas, que hay un sér que ha sabido tu aislamiento al ver tu fosa en el misterio envuelta, un sér que no hallará quien le recuerde cuando vuele su espíritu á otra esfera.»

Firmó los versos, puso al lado de la firma la fecha, y al ir á guardar la cartera, observó que una mujer alta, delgada, vestida de negro y cubierto el rostro con un espeso velo, se hallaba junto á él.

—Debe ser una viuda, se dijo, que viene por fórmula á visitar la tumba del ya olvidado esposo.

La enlutada no miraba, sin embargo, sepulcro ninguno y parecia tener fija toda su atencion en D. Felipe. Este vió que la noche avanzaba, que sólo estaban en aquel patio del cementerio la mujer y él, é hizo un ademán para levantarse. La encubierta le alargó su mano delgada y fina, él la tomó maquinalmente y ambos cruzaron de un extremo á otro el campo santo sin encontrar la puerta, ni hallar tampoco alma viviente.

—Han cerrado ya, dijo la mujer hablando por vez primera con un acento dulce y melodioso; volvamos ahora donde estabas, quiero allí contarte mi historia.

Entraron de nuevo en el último patio, y D. Felipe vió con extrañeza que la losa aquella que le inspiró los versos estaba levantada, dejando descubierto un hoyo negro y profundo. Se sentaron los dos, y la enlutada, sin alzar su velo, dijo así:

—«Hace treinta años tenia yo diez y seis, dicen que era hermosa, sencilla, apasionada. Huérfana y pobre, vivia con un hermano militar, que me adoraba, y con una anciana criada. No habia amado nunca

hasta que conocí un día al caballero mas valiente, más bello y mas temido de aquel tiempo. Salia yo de la iglesia al anocheecer, pues habia empezado á rezar una novena, cuando le encontré discutiendo acaloradamente con varios amigos. Al pasar me miró con fijeza, dejó de pronto á sus compañeros, y me siguió. Me habló poco, pero lo bastante para encender en mi corazon el fuego del amor. Supe por él que era hermosa y que podia ser amada; mi espejo me lo repitió desde entonces todos los dias. Dando dinero á mi vieja criada logró que ésta le introdujese en mi casa, cuando mi hermano no se encontraba en ella, y allí me declaró su amor siendo correspondido, porque yo le queria desde que le ví. ¿Cuánto duró mi dicha? Segun él, nuestras relaciones habian sido las mas largas que habia tenido; segun yo, fueron una sola gota de la copa de la felicidad que siempre está llena, porque no hay mortal que la apure.

Me dejó triste, desesperada, y mi hermano, que no sé por dónde conoció nuestros amores, desafió á mi amante y tuve la inmensa fatalidad de que por mi causa muriese en un duelo. Sola en el mundo, quise retirarme á un claustro, pero mis recuerdos me perseguian y comprendí que no podia consagrarme á Dios. Caí gravemente enferma, y á pesar de los cuidados de mi vieja sirvienta, llegó un prematuro fin, sin que nadie llorase por mí, ni me conservase en su memoria. La criada fué á ver á mi antiguo amante, le habló de mi muerte y le pidió una lámpara para mi entierro. Se la dió, y gracias á él tengo esa fosa, cuya lápida ha destruido el tiempo, lápida que te ha inspirado los últimos versos que escribirás.

La enlutada habia terminado su relacion; alzó su velo y don Felipe reconoció en aquella mujer á una de las menos queridas de esas jóvenes habian formado el libro de su existencia.

Entre tanto iban avanzando hácia Mendoza sombras confusas, vestidas también de negro, cogidas de la mano. Formaron corro al rededor del viejo calavera, uniése á ellas la narradora, se oyó una música extraña y á la vez alzaron todas sus velos dejando descubiertos sus repugnantes rostros de siniestra y repulsiva expresion.

—Somos las mujeres que amaste y que ya no viven, dijeron.

—Las que amé eran todas hermosas, murmuró don Felipe.

—Es que entonces veías la envoltura y hoy contemplas el alma. Elige la que

quieras por compañera para despues de tu muerte.

Mendoza extendió los brazos hacia la única bella, la de puro corazon y dulces sentimientos, á la menos amada antes y adorada ahora. Ella se unió á él embelesada y le condujo á una frondosa alameda que don Felipe no conocia y de la que no se veía el término.

Quando al dia siguiente el guarda del cementerio paseaba distraido por los patios, llamó su atencion en el último una masa inerte; se acercó y reconoció en ella el cadáver de Mendoza con el rostro vuelto hácia la tierra, como si estuviera besando la humilde losa que inspiró sus versos.

El juez fué mas tarde á levantar el cuerpo, y un médico, llamado para que certificase aquella defuncion, declaró que habia fallecido Mendoza de muerte natural y repentina. El anciano fué enterrado en el último patio, en el mismo sitio donde habia sido encontrado su cadáver, al lado de la olvidada tumba.

Sólo visitó su sepultura y lloró su muerte el viejo criado

JULIA DE ASENSI.

### EL WALS DE CALISTO

Calisto era un viejo, auxiliar en la Biblioteca del arcáico lugaron de Muriedro. La edad le habia quitado la esbeltez y la gracia que dicen que tuvo. Era delgado, con un rostro cetrino comparable á una máscara de bronce, modelada sobre las facciones del dolor. Ahora está en la seccion de infolios y pergaminos arrugados, puesto siempre delante de un facistol movable en el que se renuevan grandes pedazos de rugoso cuero amarillo llenos de letras rojas que parecen heridas abiertas en la historia, por las cuales sangran aún los héroes muertos de que en ellas se habla. Calisto traduce al castellano aquellos cronicones antiquísimos donde se elogian las mas brutales carnicerías y se ensalza á los mas crueles carniceros. Calisto es un sábio de esos que solo suben lo que pasó y para quienes es el porvenir algo brumoso y desconocido, una batalla de nubes sobre un abismo.

Quando yo fuí á verle, el sol se ponía y era una tarde de Octubre. Casa lentamente la luz, volviendo naranjados los vidrios amarillos de los transparentes. El viento

sonaba, retorciéndose en la calleja inmediata. Calisto, envuelto en el postrero rayo de sol, tenia no sé qué estraña fisonomia de íntimo júbilo

—Ah! me dijo—Hoy he vuelto á recordar aquellas notas. . . . Un wals. Debe ser el primero que se ha escrito. . . . Es una carcajada que acaba en llanto. . . . Nunca te he contado esta historia. . . . Es la del único dia alegre de mi vida, y el mas horrible de ella al mismo tiempo. . . . El amor asomó á mi alma y echó en ella una lluvia de jazmines que me perfumaron. . . y murieron. La ilusion me prometió en un solo instante una dicha eterna. . . La ilusion es la hermana menor del desengaño. Ella nos enamora, nos sonríe, nos dá una cita en su reja, y cuando hemos acudido, llega el hermano. . . y nos mata.

Leocadia,—continuó Calisto;—era prima mia. Yo he sido primo de la hermosura. Sus ojos chispeaban con lumbre de amor, y su nariz recta tenia dos alillas trémulas, y en medio de la mejilla siniestra un lunar negro que parecia sobre la blancura del cutis, una mata de juncos en un campo nevado.

—¡Horas dichas las pasadas en el destartado salon de la casa solariega de mi tio! Yo adoraba á Leocadia, y al verla vestida de blanco con las trenzas negras mal atadas rozando el cuello y el talle, tan endeble como una columnilla de marfil, me parecia una de aquellas princesas de mis libros viejos, que, saliendo al mundo de la realidad de detrás de la mas elocuente página, resumia en el breve cielo de sus ojos los premios prometidos á los vencedores de cien combates. Yo perdí el aplomo, la calma, el sosiego. Me encontraba tan feo, tan pobre, tan ruin, tan ridículo, que llegar á alcanzarla lo tenia por un sueño, que me amase absurdo, y que yo la olvidase imposible.

Ella tocaba el *fortepiano*, y sus manos corrian semialadas sobre las teclas. Combinábanse la celeridad de sus dedos blancos y el *concerto* de la música. Era un *re-lámpago* de blancura sobre una carcajada de armonía.

Y estar allí, cerca de ella, sentado junto al piano, viendo moverse sus ojos, estudiando las inflexiones que tomaba la curva de su garganta al levantarse el rostro y alentar el seno, y no obtener de aquella mujer ni una mirada, ni conmovier un instante, la fria, la helada impassibilidad de su

espíritu. . . era un paraíso complicado de infierno, una caricia y una puñalada.

Leocadia no podía amarme. ¿Pero amaba á otro? Esta pregunta me mataba. ¿Cómo resolverla? Espié de noche sus balcones esperando ver pendiente de ellos una escala de seda y oscilando sobre el empedrado la capa del amante abandonada en el balustre. Rondé la verja del jardín y crispé mis puños mas de una vez, imaginando que los arbustos negros eran hombres. Yo veía en toda sombra un rival.

\*\*\*

Una tarde me esperaba Leocadia; me dejó estrechar su mano; yo me estremecí de dicha.

—¡Pobre, primo mio!—esclamó ella.

—¿Porqué dices eso?

—Tú me quieres bien. Tú lo sentirás.

Y una lágrima escurrió de sus pestañas largas y sedosas. Despues sus manos pulsaron el teclado y oí éste wals, que he vuelto á recordar hoy al cabo de veinte años. Es una música endiablada, de enamorados que se persiguen, de silfos que corren tras mariposas, de geniecillos y hadas jugando al escondite en los cálices de un bosque de azucenas. Ella le ejecutaba mirándome como se mira á un niño antes de darle un pequeño disgusto. . . . A la noche me marché.

\*\*\*

Pero volví á espiar las verjas del jardín. . . y entonces ví una cosa horrible. Ví un embozado que salía llevándose del brazo á Leocadia. La sombra los envolvía, pero no tanto que dejara yo de apercibirme de que al traspasar los lindes del huerto sus bocas se unían en un beso. . . No fui dueño de mí. Corrí tras ellos. Mi mano se armó de un cuchillo. . . Herí á ciegas; con fuerza, brutalmente. Una ola de sangre salpió mi rostro y quedé sin vista. Caí al suelo y me parecía que por el balcon salía ruido de música, que Leocadia estaba de nuevo sentada al piano y que este maldito wals sonaba, sonaba burlando mi furia porque yo habia matado á su amante y habia hecho inmortal su amor, poniendo entre dos almas una tumba.

ORTEGA MUNILLA.

### LAS ESTACIONES

De claro sol luces rojas  
alambran un cielo puro.  
Se rompe el boton oscuro  
y van brotando las hojas.

El arroyo que murmura  
corre en la sierra vecina,  
y la flor su tallo inclina  
y mira en él su hermosura.

Céfiro tranquilo y suave  
todo el espacio embalsama,  
y salta de rama en rama  
con dulces cantos el ave.

Tus ojos el resplandor  
tienen del sol y el reflejo.  
Tú te miras al espejo  
como en el río la flor.

Cantas, Luisa, placentera  
cual las aves habladoras.

Él te quiere, tú le adoras,  
él jóven y tú hechicera.

La primavera.

La pobre tierra abrasada  
respira difícilmente,  
un aire seco y candente  
mece la espiga dorada.

Suda el infeliz labriego  
con las mieses en pelea,  
y el esquilon de la aldea  
se funde del sol al fuego.

Así de tus labios rojos  
desapareció la frescura:  
en tu mano hay calentura,  
llamaradas en tus ojos.

A tu amor no pones tasas,  
sus decisiones son tercas:  
él se acerca, tú te acercas;  
él se quema, tú te abrasas.

Y pasa el tiempo tirano  
sin languideces ni enojos,  
tus ojos siempre en sus ojos,  
tu mano siempre en su mano.

El verano.

De claro sol luces rojas,  
oscura nube importuna,  
y van cayendo una á una  
de los árboles las hojas.

Arroyo que claro fué,  
al verse turbio suspira,  
y la flor que en él se mira,  
sin sus colores se vé.

Los vientos helados ya  
arrojan de la espesura  
á la golondrina oscura  
que hácia el Africa se vá.

Tambien tu mirada clara  
perdió su fuego y su brillo.  
Infame surco amarillo  
te va labrando la cara.

Vuestro precioso retoño  
se hizo un hombre de repente.

A él se le ha caído un diente  
y á tí te blanquea el moño.

¡El otoño!

La lluvia cae ligera,  
en nieve nos enterramos.  
¡Ay! ¡pobre Luisa! ya estamos  
al final de la carrera.

Para todos el fin mismo.  
Después de tanto luchar  
aquí venimos á dar  
y á rompernos el bautismo.

Tus ojos candiles son.  
¿Dónde fueron tus encantos?  
¿Cómo has engañado á tantos  
con tu barba en cucharón?

Esa tu cintura ingrata,  
¿es verdad que junco fué?  
Tú tan gallarda, ¿por qué  
vas arrastrando una pata?

¿Por qué tu gruñir eterno,  
tú tan buena y sencillota?  
Él con asma y tú con gota.

¡Qué es esto, di, Dios eterno!  
¡El invierno!

MIGUEL ECHEGARAY.

### SERMON SOBRE LAS MUJERES

PREDICADO POR EL R. P. ACHILE  
DE BARBANTANA

«Hermanos míos:

«Voy á tratar un asunto muy delicado y que os interesará muchísimo. Voy á hablaros de la mujer; prestadme, pues, toda vuestra atención, y vosotras, mujeres, humillaos, pues es la verdad, la austera verdad, lo que van á oír de mis propios labios.

«La mujer, esa desgraciada hija de Eva, que será siempre para nosotros, segun la expresion de San Cipriano, «la liga envenenada de la cual se sirve el diablo para ampararse de nuestras almas; la mujer, queridos oyentes míos, posee tres famosos arsenales en los que va á buscar todas las baterias que levanta contra nosotros: son, su talento, sus caprichos y su hermosura.

«Una mujer que tiene talento, sabe que nadie puede librarse del imperio del amor. Lo cual obligó á decir á los dos maestros de la vida espiritual, Séneca y el padre Héctor de Carcasona, que un hombre á quien no le gusten las mujeres seria más raro que la Mandrágora. Esta pasión bulle en nuestra sangre, desde la infancia hasta

la tumba, y desde la matrona que nos saca de las tinieblas á la luz del dia hasta el rústico sepulturero que nos hunde en la fosa oscura.

«Cuando nuestro cuerpo se encuentra rendido, el fuego apagado ó la pasión adormecida, basta que la mujer nos tiente y esa maldita carne de Adán se despierta llena de ilusiones. ¡Oh! ¡carne rebelde, carne inmundada y mortífera! Si se la excita cede; si se la suelta la rienda corre presurosa hácia la avena y hácia el heno de las delicias. La mujer, entonces, se sirve de nuestras propias armas para combatirnos y nos liga con fuertes cadenas, cuyos eslabones han sido fabricados por nosotros mismos y engarzados por ella con habilidad diabólica.

«Pero su talento no es aún lo peor; la flecha mas peligrosa de su carcaj es la hermosura. Es ella quien asedia el corazón en la soledad del retiro y en la animación de la ópera; en las ceremonias austeras y los bailes bulliciosos; ella es el viento mas peligroso de todos los que corren del Norte al Mediodia y del Levante al Poniente.—¿Qué nombre podría darte yo, oh hermosura femenina?—¿Ugier del diablo que abre las puertas á todos los desórdenes?—¿Máquina de guerra infernal la mas propia para derribar todas las murallas de la virtud?—¿Bomba segurísima para hundir todos los depósitos de la sabiduría?—¿Tala partera para atravesar el corazón del hombre? No; no es bastante, ¡oh! hermosura, pues tú sirves de basilisco á quien te mira; de víbora á quien te toca; de tigre á quien á tí se acerca; de cocodrilo que seduce y tiente los animales con su olor; de imán que atrae y aprisiona los corazones por duros y blindados que sean; de cáncida, que trastorna y vuelve locos nuestros débiles cerebros!!!

«Pero, bien mirado, y despues de todo, ¿qué es pues esa hermosura que arma tanta algazara? La mujer mas hermosa no es mas que una rosa de la que se ha cogido ya el botón; no es mas que una flor marchitada ántes de abrirse sobre su tallo; una onza de niebla que caiga encima le quita todos sus encantos; un ochavo de azafran y dos cuartos de yema de huevo en polvo destruyen todos sus colores. ¡Ah! si la razon nos sirviera de antorcha, notaríamos cuán tontos somos los hombres dejándonos seducir por el reflejo del espejuelo en el cual caemos como alondras atardidas. ¡Oh! tú, sapientísimo Diógenes, ven y dínos en qué estado encontrastes, sobre la playa del infierno, la cabeza de Helena tan desfigurada y horrible que daba miedo verla.

«¿Es eso, decias tú al contemplarla, es esa la hermosura seductora que hizo arder toda la Grecia como una manada de pajas? Y, hablando así, os burlabais de la torpeza de los hombres, y vuestro pié separaba con repugnancia esa cabeza horrible roida por los gusanos y destrozada por los cuervos.

«Y ahora, ¡oh mujeres, mostraos todavía orgullosas de vuestra precedera belleza! Cabezas ligeras, ¡no comprendéis, por fin, la vanidad de las cosas de este mundo! ¡No escuchareis esa voz que humilla vuestras frentes, inclina vuestra cabeza hácia el miserable polvo y conjura vuestras vanidades! *Pulvis es et in pulverem reverteris.* Sí, señoras, como la cabeza de Helena, vuestras hermosas cabezas serán un dia solo poderdumbre, y, antes de que llegue ese dia de justicia solemne, ese hermoso cuerpo, que ustedes admiran con tanta complacencia, se convertirá en un libro mágico sin lectores que lo consulten, cubierto con un forro de viejo pergamino.

«Acabais de oír, queridos hermanos míos, lo que hacen las mujeres para cojer á los hombres en sus lazos; veámos ahora lo que hacen los hombres cuando han caido en ellos. Petrarca, ese loco, no dejó escapar más que una sola mirada durante las tinieblas del viernes santo, y vedle ahí convertido instantáneamente en décano de la casa de orates! Desde entonces pasa tristemente su vida corriendo por las márgenes de un río, y vertiendo mas agua de sus ojos que el manantial de una fuente, se entretiene en cojer flores por las praderas y frondosos valles y solo hace salir de su lira armoniosa ecos femeninos! Hércules, ese héroe célebre, por haber derrotado él solo un ejército, por ser el terror de los tigres, leones y panteras, Hércules, ¿no fué aterrado por la mirada de una jóven, y por ventura no cambió su formidable maza por una rueca? Holofernes, seducido por los rizos de Judith, ¿no cometió la torpeza de dejarse cortar la cabeza? Aquiles, ¿no vió faltarle su valor al contemplar los cabellos rubios de la jóven Polixena? ¿y en recompensa, en castigo de haber fundado toda su esperanza, todos sus deseos, toda su ambición en la cabeza de una jóven de quince años, no vió irsele el alma y el valor por los talones? Y ese viejo y tonto de Sardanápalo, no arrojó su cetro, no empuñó el palitroque, signo de la locura, no dejó abandonados todos los negocios de su estado para entregarse á francachelas sin vergüenza, viviendo en un rincón de su ostentoso palacio y convirtiendo éste en un harem de mujercuelas!!!

«Huid de las mujeres, amados oyentes míos, ellas poseen el furor de una Mégera, furia del Averno, la ira de una leona, la voracidad de una loba, la avaricia de una harpía, la astucia de una zorra, la desconfianza y arrojío de Cerbero y la malicia de Proserpina.

«Demócrito debía saberlo muy bien, él que se hizo sacar los ojos por no ver ninguna mas. Orígenes no lo ignoraba tampoco, él que se aplicó remedio tan severo para nunca mas amarlas. Carlos XII las conocia sumamente, él que corría sin tino tan pronto como distinguía alguna de ellas.

«¡Ay! ¡tristes de nosotros! ¡que no poseemos siquiera uno solo de todos estos *Anti-Christos* del amor! Venid, veuid, señoras animales, venid y vereis al hombre, vuestro terrible dueño, á los piés de una débil mujer, de rodillas á los piés de su dueña; venid y aprendereis en él como deben ponerse los grillos en los piés; venid y vereis como debe llevarse la pesada cadena de hierro. Vosotros sois unos béstias, en verdad, queriendo á vuestras compañeras sin sufrir nada en sus caprichos y no encontrando placer en sus pruebas de cariño, sino os dejan vuestra libertad; venid, en fin, á ver vuestro dueño, él os enseñará que no se es feliz sino sufriendo y que el dolor y sufrimiento forman parte del amor!

«¡Ah! ¿qué es lo que no hace el hombre para conquistarse el corazón de la mujer? El va á tostarse en el Africa y á helarse en la Moscovia para procurarla piedras preciosas y ricas pieles; taladra las rocas, abre la tierra y escudriña hasta los errabales del infierno; va á pillar y saquear hasta los dominios del diablo con tal de conseguir el oro, para que con él pueda brillar el objeto de su amor.

«En efecto, el oro, ¡ah! esa es la piedra infernal, ese es el metal sobre el que rodan los deseos de las mujeres. Hombre sin oro, para ellas no es mas que un fantasma; sábio sin oro, no es mas que un loco; ciencia sin oro, no es mas que un viento; buen mozo sin oro, no es mas que un muñeco. La verdadera hermosura, para ellas, solo consiste en el busto y brillo de una moneda de oro; el docto entendimiento solo se encuentra encerrado en una bolsa; las bellas concepciones salen de los escudos. La elocuencia del oro es el Hércules que domina, atrae hácia sí y encadena con sus eslabones de oro todas las montañas insuperables; es el verdadero Orfeo que encanta las fieras mas feroces con su lira de oro; es el verdadero Aníon que reedificó á Tebas al son de su

flauta de oro. ¡Oh! Cuán justos son y cuanta razón les asiste á los poetas, al describirnos la mansión de las almas afortunadas como mansión dorada resplandeciente de rayos de oro y salpicado de estrellas de diamantes y piedras preciosas; pues, de otro modo, si nos la hubieran pintado de otra manera, las mujeres, las malditas mujeres, hubieran preferido los cuernos dorados del diablo á los cuernos de luz de Moisés...

«Ustedes se ríen, señoras, porque las hablo de cuernos... pues las aseguro que su atrevimiento es una prueba más de lo que acabo de decir, y convengan conmigo que solo la mujer puede burlarse del predicador en sus barbas, y que yo sería un grandísimo tonto en continuar...»

Aquí se concluye este trozo de literatura y de elocuencia expresiva. Suplico á mis lectoras me dispensen haberlo publicado textualmente; pero, sin embargo de que el fin es algo atrevido y por demás insolente, necesitaba que lo conociesen para que así puedan comparar esta crítica acerba de la mujer, con la defensa sincera que deseo hacer del sexo femenino, la que publicaré muy pronto.

INDALECIO MANJON GONZALEZ.

## MODAS

Paris, Diciembre 28 de 1883.

*Vestido para baile.*—Se compone de una falda interior completamente lisa pero con tres volantitos en los bajos á pliegues muy menudos; cada volantito tiene 8 centímetros de altura. La túnica es de crespon inglés, recogida en puf voluminoso por detrás, y la banda, apañada de surá color de rosa y amarillo, está adornada con una trenza de rosas ó flores diferentes, como igualmente el delantero de la túnica y el corpiño muy escotado por detrás y por delante. Mangas cortas y bullonadas. Guantes de Suecia mate.

*Traje para visita, guarnecido con terciopelo granate.*—La falda lisa y á plano por delante está encuadrada con una banda ancha de terciopelo, y por detrás está plegada de arriba á abajo; se guarnecen los bajos del delantero con un plegado muy fino y bagas forradas de raso puestas por encima del volante. La túnica se compone de una banda

corpiño son cortos, rodeados de un volante doble, muy ancho, bullonado y fruncido todo al rededor; el corpiño, guarnecido con pasamanería, de felpa, está escotado sobre una pechera plegada de terciopelo, con el cuello derecho en forma de alzacuello redondo. El sombrero de fieltro rodeado de un sesgo de terciopelo y adornado con un pájaro. Emplea este traje 10 metros de cachemir de 120 centímetros de ancho y 2 metros 50 de terciopelo.

*Traje de cachemir color manila claro y terciopelo azul oscuro.*—La falda plegada está ribeteada con terciopelo y la túnica igualmente, siendo esta, fruncida en la cintura y recogida por delante en redondo formando un apañado con pliegues muy profundos; el puf apañado también en redondo está sugeto al bajo del corpiño por un cinturón de terciopelo. Cuello derecho y puños de terciopelo y la pechera ahuecada de surá del mismo color. Sombrero redondo de terciopelo liso, adornado con un sesgo de terciopelo apañado, sugeto con una hebilla, y llevando un grupo de plumas del color del vestido.

*Traje para paseo, de lana bordada y cachemir liso.*—La falda plegada es de liso, como igualmente el puf y los paños dobles que le rodean; el corpiño y el delantal cortado en punta son de lana bordada con dibujos de mariposas esparcidas sobre el fondo de la lana; el delantal se recoge formando pliegues debajo de los paños que cubren el puf, y el corpiño forma de casaca se termina con unos faldillines en punta pegados á la cintura, siendo ribeteados con un sesgo de lo mismo; la esclavina con fruncidos y pinza en los hombros, se completa con un cuello vuelto por estilo de los faldillines del corpiño. La tira del cuello es de forma derecha y el sombrero vértigo rodeado de dos plumas unidas una á otra por un lazo formando cresta.

*Vestido á la inglesa, de terciopelo granate, para jovencita de 8 á 10 años.*—Está cortado conforme á la forma princesa, llevando en la parte de abajo un volantito plegado de raso, con solapas por delante y abierto sobre una pechera de raso. Sombrero granate con plumas surtidas. Medias de seda granate.

*Vestido almirante para jovencita de 6 á 8 años.*—El corpiño es de lana bordada con dibujos menudos; la banda y la falda son

el cuello, están adornados con trencilla estrecha, cosida, formando hileras. Gorra azul marina de fieltro sin mas adorno que una hebilla ó una pluma de garza real puesta al lado.

*Visita larga de terciopelo, adornada con pasamanería y con fleco de felpilla marabú.*—Este modelo riquísimo y muy lujoso se confecciona con terciopelo, siendo la falda plegada á pliegues planos por detrás. Las mangas, que forman al mismo tiempo la espalda del abrigo, se cortan en forma de faldón, pero concluyendo por delante en cuadro imitando á una bocamanga. El fleco tiene 12 centímetros de altura y la pasamanería á cuantos tiene 8 centímetros poco más ó menos. El adorno de pasamanería que se emplea para cubrir la costura de la espalda es muy precioso. La capota de terciopelo bullonada, guarnecida con un pájaro y plumas por separado, es graciosísima.

*Vestido para paseo y para visita.*—La falda está recubierta con voladones muy largos, de 30 centímetros de altura, separados por una ancha banda de bordado. La túnica, forma sultana, está fruncida y apañada de manera que pueda formar muy abajo sobre la falda dos apañados recogidos y fruncidos en el centro por una cinta que se anuda por delante. Nuestras lectoras comprenderán perfectamente el apañado de delante y como está hecho el puf y apañado de la parte de atrás. El corpiño guarnecido con sesgos y un plastrón bordado imitando un corpiño cruzado sobre una pechera postiza. La capota adornada con plumas puestas en la parte de delante.

BALBINA V. M.

## LABORES DE SEÑORAS

*Almohadon cuadrado. Bordado con aplicación de tul.*—Este almohadon para butaca, muy nuevo é inspirado en la moda del día, se hace de terciopelo, de raso, de felpa ó brocado, rodeado de una gola del mismo género y guarnecido con borlas ó bolas de seda ó de lana cardada en los ángulos y en el medio de las orillas. Se adorna el centro con una banda ancha de tul negro imitando un doble encaje cosida y bordada al paso plano y al punto lanzado, con seda de diferentes colores formando un dibujo de gui-

gusto de cada cual; por mi parte recomiendo la seda tornasolada, la cual conviene perfectamente á esta clase de adornos.

*Flor bordada sobre fondo de guipur.*—Este adorno es sencillo pero muy propio para formar redécillas, sacos y pañuelos, etc. Se hace primero el redondo del medio y despues se unen los cuarterones en forma de lonsange, los cuales se unen entre sí por una punta de feston, en el cual se sugetan los cordoncillos al croché imitacion de puntilla. La flor al plumetis ó al paso puede bordarse con diferentes colores.

*Cuévano de paja.*—La montura es de bronce dorado, pero todas las lectoras podran ejecutar el cuévano con trenzas de paja, ó junco fino, que se colocarán las unas sobre las otras, sugetándolas por juncos trasversales que van desde la punta en forma de cuerno hasta el orificio, en el cual se coloca un aro de alambre para darle la forma de arriba. Se guarnecen las orillas de cuerno ó cuévano con un lambrequin de raso bordado, adornado con borlas; se puede coser al borde de este cuévano una banda de seda con una jareta y entonces servirá de saco para confites; tambien puede llenarse de yerbas secas con algunas flores campestres y entonces sirve de adorno para una rinconera.

*Caja para botones, imitan á un florero.*—Se hace preparar una caja de carton con la forma de un vaso de flores; se cubre con raso acolchado, perfumado y respunteado imitando conchas; despues se borda la parte inferior con algunos puntos largos de hilo de oro y se guarnece la caja con borlas de seda, con cordones y bandas de pasamanería. La tapadera está guarnecida con algunos ramitos de flores artificiales, con botones, hojas y otros adornos de capricho.

CONCHITA.

### CURIOSÍSIMA PIEZA

Por creerla digna de ser conocida de nuestros lectores, tomamos de un diario de Montevideo, la siguiente graciosa epístola, originada por escritos de los señores Albistur y Herrera, en los que se cambiaba sin malicia alguna el nombre del autor de la carta mencionada.

Héla aquí:

Señor Director:

Yo me llamo Fortinho, con *nh*, que equivale á la *ñ* castellana. Por consiguiente mi nombre debe leerse Fortiño. Me llamo además Juan, ó João como se dice en portugués, y todo mi nombre dice: *João da Costa Fortinho*.

Vamos á ver: ¿qué hay de malo en eso? ¿Qué inconveniente hay en que un hombre se llame João y se apellide *da Costa*, y se ponga en áncas *Fortinho*? ¿Dá eso derecho á nadie para que se haga del nombre una burla y lo zarandeen como maleta de loco, tirándoselo por las narices Herrera á Albistur, y devolviéndoselo Albistur á Herrera?

Soy João, soy da Costa, soy Fortinho y soy portugués por mar y por tierra, por izquierda y por derecha, por abajo y por arriba, por delante y por detrás. Está bien. Tengo á mucha honra serlo. Pero por lo mismo que lo tengo, no estoy dispuesto á tolerar que ningun Herrera, ni ningun Albistur me tome de muñeco, *Nao. . . e nao! Botafogo!*

¿Qué tenia yo que ver con la polémica que seguian esos dos señores? Yo no soy blanco, no soy colorado, ni soy nada. . . es decir, soy Fortinho y basta. *Eu sou Fortinho!* repetiré en portugués para darle mas fuerza á la cosa, *e nada mais, e nada menos. . . e fico!*

Y ni una sola voz se ha levantado para defenderme *oh vergonha!*

¿Qué hace el Excelentísimo señor Ministro de Portugal, no el de la zarzuela, sino el acreditado por *nosso governo*, que no protege á uno de sus *comacionaes* bárbaramente ofendido en su carácter de portugués por dos escritores públicos?

¿De qué se ocupa *O Correio de Portugal*, el importante órgano de la Colonia Portuguesa, que no ha tenido una sola palabra para protestar contra el abuso que se hace de mi apellido portugués?

Ah! bien se conoce que ya no gobierna en ese país ingovernavel o Excelentísimo *senhor* Coronel don Lourenço Latorre, nem seu digno ministro José Maria Monteiro, que si ellos gobiernasen, no seria ni Albistur ni Herrera, ni ningun viejo ni joven quien se atreveria á llamarme Fortinho por burla, porque entonces, yo tenia á mi disposicion *os homems do porrete* que les hubieran calentado las costillas á esos patifes.

El hecho de haber sido yo *conselhoiro* del coronel no le autoriza á nadie para mofarse

de mí. No tengo vergüenza en confesar que soy Latorrista, á diferencia de otros, que despues de aguantar las pancadas con que o Lourenço los acariciaba, reniegan ahora de él, como renegó Pedro del Cristo antes que el gallo cantara tres veces.

Yo, aunque cante veinte veces, no lo negaré, y creo en él; creo en Latorre, como creo en la vuelta del rey D. Sebastiao, que dia mas, dia ménos, ha de tornar á regir los destinos de ese país.

Déjese, pues, de embromarme. Yo no soy pelota de goma para que los Albistur y los Herreras se entretengan en jugar al bote largo, tirándose mutuamente mi apellido para divertir al público. *Nao aconsentoiisso! Nao. . . e nao!*

Cuidado con la vuelta del Rey D. Sebastiao disfrazado de Coronel Latorre! Cuidado Albistur, cuidado Herrera, y cuidado otros que están muy arriba, á quienes vamos á sacar de una oreja... cuando volvamos!

Por ahora me limito á esta protesta contra Albistur y contra Herrera por haber abusado de mi apellido y de mi nacionalidad; protesto tambien contra el Ministro de Portugal por haber tolerado que se haga mofa de un súbdito de Sua Magestade Fidelissima; y protesto por último contra *O Correio de Portugal* y contra su Director por no haber salido en defensa de un João, de un *da Costa*, de un *Fortinho*, en una palabra, de un portugués, por mar y por tierra, por derecha y por izquierda, por arriba y por abajo, por delante y por detrás.

JOAO DA COSTA FORTINHO.

JUAN CASACUBERTA

ACTOR DRAMÁTICO ARGENTINO

*Apuntes biográficos*

D. JUAN CASACUBERTA, actor-dramático despues, nació en Buenos Aires á fines del último año del siglo pasado, de padres modestos y de costumbres morales. Al poco tiempo de su nacimiento, sus padres se avocindaron en la ciudad de Montevideo; el niño Casacuberta iba siguiendo la carrera de la vida, cuando en esos momentos se presentó la invasion inglesa, y su padre que formaba parte como miliciano en uno de los cuerpos de la guarnicion, tuvo la fatalidad de morir en el ataque que sufrió esa ciudad. El niño Casacuberta quedó huérfano de padre en compañía de su inconsolable madre, que atendia á sus necesidades.

Tiempo despues su señora madre tomó estado en segundas nupcias, y desde este instante se abrió otro horizonte para nuestro jóven. Su padre político don José Navarro, hombre de trabajo, tenia su taller de bordado en oro, plata y seda, que en esos tiempos se usaban en los trajes de señoras y militares; dedicó á su hijastro á este ejercicio y al mismo tiempo le enseñó á leer, gramática y aritmética, pues en esos ramos salió perfecto: todo esto lo aprendió en el obrador de sus padres, no conociendo ni la rutinaria escuela de esa época ni menos liceos y colegios que no existían.

Casacuberta fué el verdadero hijo del hogar; no tenia mas relaciones que su familia y su trabajo, pues idolatraba á sus padres con estremo, y mas tarde lo probó, porque los atendió en el fual de la vida como un hijo querido y agradecido.

Cuando la invasion francesa de la Península española, los mas de los actores de nota que existían en Madrid, tuvieron que emigrar; de ellos vinieron al Plata, la célebre actriz doña Rosalia Velazco (la tuerta, porque decían que tenia un ojo de vidrio), los actores Roldan, Estremera y Cubas, gracioso, Diez, el padre de la actriz doña Matilde, esposa del actor oriental don Fernand Quijano, y una bolera, la Paca.

Todos estos actores tenían ó tomaron relacion con el señor Navarro, pues como paisano y bordador de los trajes de teatro, estaban generalmente en contacto. El jóven Casacuberta, de grande inteligencia natural, asistía á los ensayos y tomó tanta afición al teatro, que le quedó impresa la escuela de estos eminentes actores, que mas tarde adoptó como modelo, cuando se dedicó á la carrera de esa profesion en esta ciudad, que con mas propiedad dicho, tuvo su cuna, y fué admirado por mucho tiempo. Era un actor general en todos los roles que desempeñaba, pues tenia el don de imitar y crear.

Sin embargo de dedicarse al teatro nunca abandonó su taller, pues este era su principal recurso para su sustento y el de sus padres, ancianos ya; era maestro de baile, el único en aquel tiempo, pues sabia el bolero que aprendió de la Paca.

Por el año 29 llegó á Montevideo D. Antonio Gonzalez, segundo del actor Maíquez, actor dramático de alguna valía, aunque ya bastante avanzado de edad, y formó una compañía con todos los actores que pudo reunir, tanto de allí como de Buenos Aires.

No hay que decir nada; nuestro Casacuberta era el héroe de esa compañía que

hizo época en ambas orillas del Plata. Muchas veces le decia Casacuberta á Gonzalez: Yo veo que haces advertencias á algunos de los compañeros, y quiero que á mí me adviertas los defectos que cometa. Gonzalez le contestaba: Yo no me creo competente para advertirte nada, pues tú no lo necesitas; es lástima que no hayas en tu juventud recorrido la Europa; hubieras sido un génio, tienes el don de abarcar todas las situaciones del arte.

Esta compañía pasó á Buenos Aires, donde permaneció por los años 35 al 38, dando trabajo con éxito. Casacuberta tomó estado con la jóven actriz doña Manuela Fúnes.

A fines del año 38 partió con su familia á Córdoba á formar un teatrillo, que es el que existe actualmente.

Antes de llegar á aquel punto, perdió en el tránsito á su anciana madre, á la que tuvo el pesar de sepultarla en el pueblito del Fraile Muerto.

Estando trabajando en Córdoba pobremente, pues en esa ciudad el teatro no prometía, vinieron los sucesos del pronunciamiento de las Provincias en el año 40, cuyo mal éxito todos conocemos. El actor Casacuberta se unió á lo mas decente de la juventud liberal cordobesa, á la que estaba identificado, y siguieron hasta Mendoza en el ejército del general Madrid, que fué derrotado, y no tuvo mas remedio que pasar los Andes con sus compañeros de infortunio.

En Chile Casacuberta puso su génio en juego; formó compañía, y de sus ganancias repartía un socorro á sus compañeros mas necesitados, mientras no tenían colocacion.

Mas tarde murió su esposa en Buenos Aires. Casacuberta no se olvidó de sus hijos, comisionó á una persona para que los recogiese del poder de su suegra, que vivía en Buenos Aires, para conducirlos á Chile; pero tuvo la desgracia que el comisionado que debía cumplir este mandato, murió repentinamente en Tucuman.

Pasó á Lima, donde trabajó con éxito. Se dijo que habia tomado estado con una Jimena de fortuna, por cuyo motivo se habia retirado de la escena, volviendo á Chile con el propósito de mandar buscar sus hijos á la República Argentina, donde habian quedado. Sus amigos de Chile y el público en general que no habia olvidado su mérito como actor, se empeñaron en que diese algunas funciones. Casacuberta lo resistía por diversas consideraciones, pero al fin cedió, y se anunció su exhibicion en el fa-

moso drama *Los seis grados del crimen*. Al asentir á ello, decia que era el último sacrificio que hacia al público de Chile al subir á la escena. Parecia presentir su fin. El teatro se llenó de espectadores. Salvas de aplausos saludaron su presencia en la escena.—Ah! era la última ovacion que habia de recibir en este mundo el eminente artista Americano en la escena.

Desempeñó el rol protagonista con la maestría que sabia hacerlo. Se esforzó tanto, se afectó tanto, que á la conclusion del drama quedó sin vida. Una muerte súbita puso fin en aquellos momentos á su existencia.

El sentimiento jeneral de la poblacion de Chile lo acompañó á la tumba. Su estrella se eclipsó para siempre á los 50 años de edad.

Se le hizo un entierro magnífico. Lo mas distinguido de la sociedad de Chile acompañó su féretro á la última morada, honrando la memoria del hombre de bien, del caballero y del eminente artista Americano, formado en Montevideo, su pátria adoptiva.

Casacuberta era bizarro hombre, sencillo, modesto, generoso y de costumbres morales; cándido, tímido como un niño. En la escena era otro hombre: un gran actor de dotes admirables, trájico consumado, general y modelo en la comedia.

## CRÓNICA DE LA SEMANA

### MUERTE DE ÁLZAGA

Ha fallecido últimamente en un pequeño pueblo de Corrientes, donde pasó cuarenta años de vida ignorada, D. Francisco Álzaga, actor principal en un drama sangriento que conmovió hondamente á la sociedad porteña, hace ya medio siglo.

Álzaga contaba 82 años.

Su muerte ha sido tan silenciosa como su larga y trabajada vida. Despues del trájico suceso á que nos referimos, y que nuestros lectores habrán oído repetir mas de una vez bajo la penosa impresion de su recuerdo desperta en el ánimo, Álzaga, desterrado para siempre de la sociedad en que estaba destinado á figurar por su posicion elevada, ha llevado una mísera existencia, atormentada por los remordimientos, y lejos del hogar en que el puñal del asesino cortó los lazos que lo ligaban al cariño de la familia.

Que Dios perdone al que arrastró en la tierra una vida de dolor y remordimiento!

## CERTÁMEN LITERARIO

El 3 de Febrero próximo tendrá lugar un certámen literario en la ciudad de la Concepcion del Uruguay.

Con este motivo, nuestro Director ha sido nombrado mantenedor en el mencionado torneo, distincion que en su nombre agradecemos.

Hé aquí la nota en que se le comunica ese nombramiento:

Señor D. Gervasio Mendez

Distinguido señor:

Ocupan lugar preferente en los torneos de la gayerciencia, las personas que por su ilustracion ó posicion social, son dignas de ser especialmente distinguidas; en tal concepto, la Comision Organizadora del Certámen Literario que ha de celebrarse en esta Ciudad el dia 3 de Febrero próximo, ha creido oportuno nombrar á Vd. Mantenedor, esperando se servirá Vd. aceptar el puesto de honor que se le ha designado.

Cumplo con el grato deber de comunicar á Vd. el acuerdo de la Comision organizadora y aprovecho la oportunidad para ofrecer á Vd. las seguridades de mi consideracion mas distinguida.

El Presidente  
Agustin M. Alió.

Secretario  
Benigno T. Martinez.

ENLACES

Se anuncian en los círculos sociales los enlaces de una série de amigos y personas conocidas en la sociedad bonaerense, entre los que se cuentan como mas próximos los que enumeramos en seguida:

El primero es el del señor Guillermo Moores, que tendrá lugar con la señorita de Lanús, el 21 de Febrero en la conocida estancia del señor Canc. Le siguen despues para el mes siguiente, el de los jóvenes Julian Lynch con la señorita Francisca Madero, hija del Vice-Presidente de la República; Ramon Videla Dorna con la señorita Benigna Monasterio; Enrique Thwaytes con la señorita de Lastra; y el señor Félix Álzaga con Angela Unzué, quienes partirán en seguida en viaje de placer á Europa.

## EL DR. NAVARRO VIOLA

Un numeroso grupo de estudiantes, debidamente organizado, ha empezado á trabajar activamente por llevar á la bancas del Congreso un representante de la juventud

estudiosa, que lo será el Dr. Alberto Navarro Viola, que ha sido ya proclamado.

Al efecto, se ha nombrado una comision que dirija los trabajos, la cual se ha puesto ya en actividad.

Pensamos que el Dr. Navarro Viola reúne las calidades exigidas para desempeñar el alto cargo de representante del pueblo, y desearíamos que la idea de los estudiantes se viera coronada por un éxito feliz.

## EL 25 DE MAYO

Se están haciendo grandes preparativos para dar el mayor esplendor posible á la próxima festividad nacional del 25 de Mayo.

Tendrá lugar ese dia una gran parada militar en la que tomarán parte todos los cuerpos que se hallen de guarnicion en esta ciudad.

La parada se efectuará en Palermo, á menos que para entonces se hallen concluidos los trabajos que se efectúan en las plazas de la Victoria y 25 de Mayo, cosa punto menos que imposible, pues al paso que van dichos trabajos, lo mas probable es que no terminen en todo el trascurso del año.

## EL DR. GARCIA ZÚÑIGA

En la semana que acaba de concluir, bajó á la tumba como dolorosamente se temia, el Dr. Garcia Zúñiga.

Su muerte deja un verdadero vacío en el clero argentino, en el que figuraba con honor por sus elevadas prendas morales.

Damos nuestro mas sentido pésame á su estimada familia, por la irreparable pérdida que acaba de experimentar.

## LOS BAILES DE MÁSCARAS

A causa sin duda del calor, enemigo declarado del movimiento, los bailes de máscaras que han empezado ya en casi todos los teatros, son aún muy pocos concurridos.

Contados son los que asisten á ellos.

Es realmente necesario tener un amor muy decidido por Terpsicore para entregarse al placer de la danza bajo la temperatura de cuarenta grados que nos abrasa.

Que se diviertan los valientes aficionados!

## NOVEDAD LITERARIA

En los primeros dias del mes próximo será puesto en venta el esperado libro del distinguido literato Miguel Cané, titulado «En viaje.»

No dudamos que esta nueva obra del Dr. Cané será una preciosa joya de nuestra

literatura y nos dará ocasion de admirar una vez mas el talento poderoso del jóven y erudito escritor.

## VIAJE DE UN PROTECTOR

Muchos de nuestros literatos no se pueden conformar con el viaje á Chile del General Sarmiento.

Y á fé que tienen razon para lamentarlo. Se les vá nada menos que el alma de la sociedad que los protege.

## GRAN REBAJA

Desde el miércoles está en vigencia la nueva tarifa de vapores para Montevideo en la que se rebaja á cuatro pesos m/n el precio de los pasajes para aquella ciudad.

Quién quedará sin ir á los Pocitos á darse baños, con tanto baratillo?

Pero, no hay que alucinarse. El pasaje es muy barato, mas el alojamiento es problemático.

Se sabe que en los hoteles de aquella coqueta ciudad recibe el pasajero un no há lugar, sin apelacion.

Donde se duerme?

## BANQUETE

Dado por la Sociedad Rural, tiene lugar hoy en la progresista ciudad de Dolores un banquete, en el palacio de las Exposiciones, que se construyó últimamente en ese pueblo.

Conocidos el entusiasmo y cordialidad que reina entre todos los miembros de la Sociedad Rural, puede augurarse que la fiesta que anunciamos estará espléndida.

## FIESTAS EN SAN FERNANDO

El pueblo de San Fernando estará hoy de fiesta. Con motivo de ser dia de la patrona, habrá por la tarde diversos festejos populares y por la noche baile en el salon municipal.

## SUMARIO

El Album del Hogar lleva hoy los siguientes materiales:

Hojas de mi cartera, poesia, por G. Mendez.—El dia de difuntos, por Julia de Asensi.—El wals de Calisto, por Ortega-Munilla.—Juan Casacuberta.—Sermon sobre las mujeres.—Las estaciones, poesia, por Miguel Echegaray.—Modas, por Balbina V. M.—Labores de señoras, por Conchita.—Curiosísima pieza.—Crónica de la semana.